

SOCORRISTAS EN RED

ESTAMOS CERCA

RELATOS DE ABORTO EN CUARENTENA



EduLP

crónica



ESTAMOS CERCA

RELATOS DE ABORTO EN CUARENTENA

ESTAMOS CERCA
RELATOS DE ABORTO EN CUARENTENA

SOCORRISTAS EN RED
(FEMINISTAS QUE ABORTAMOS)



Zurbriggen, Ruth
Estamos cerca : relatos de aborto en cuarentena /
Ruth Zurbriggen. - 1a ed. - La Plata : EDULP, 2020.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8348-60-5

1. Feminismo. 2. Aborto. I. Título.
CDD 305.4201

ESTAMOS CERCA

RELATOS DE ABORTO EN CUARENTENA

SOCORRISTAS EN RED (Feministas que abortamos)

COORDINACIÓN

MARÍA VICTORIA GAGLIARDI
TOMÁS BERGERO TRPIN

ILUSTRACIONES

MARÍA REBOREDO
@mulata.dcv



48 N° 551-599 4° Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina
+54 221 44-7150
edulp.editorial@gmail.com
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

Primera edición, 2019
ISBN 978-987-8348-60-5

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
© 2020 - Edulp

Prólogo

"Voy a contar mi experiencia para poder ayudarte, así como a mí me ayudaron. Para que sientas y tengas todo el apoyo en esta decisión. Me tocó vivirla en una cuarentena mundial. Con muchas circunstancias y momentos en los que necesité mucha ayuda".

Belu, 28 años, Coronel Suárez (Buenos Aires, Argentina).

Belu es una de tantas personas que abortaron en Argentina acompañadas por un grupo de activistas que formamos parte de una organización llamada Socorristas en Red. Probablemente, quien nos lee haya visto una calco en un baño público, una pintada en la calle o un flyer en alguna red social. Si no es así, aprovechamos para presentarnos: somos docentes, estudiantes, trabajadorxs, que apostamos por un feminismo de acción directa. Brindamos información —siguiendo los protocolos de la Organización Mundial de la Salud— y acompañamos las decisiones de abortar, para que los abortos sean seguros y cuidados.

Si tuviéramos que describirlo en pocas palabras, diríamos que Estamos cerca es una recopilación de relatos de personas que abortaron acompañadas por activistas socorristas durante los primeros 100 días de aislamiento dispuesto por el Gobierno argentino frente al avance de la pandemia de COVID-19. Pero lo cierto es que es mucho más que eso. Esta recopilación, que hoy asume el formato propio de un libro, pero que tiene otras formas, es una articulación de voces que, en otros momentos de nuestra historia, permanecían acalladas; es un manifies-

to tan sentimental como político, es una apuesta más del movimiento feminista por un derecho que venimos reclamado hace mucho tiempo: el de la legalización de la interrupción voluntaria del embarazo.

Estar cerca no implica romper la cuarentena. El aislamiento nos puso frente al desafío de configurar una corporeidad diferente a la que estábamos acostumbrades en el mundo pre-pandemia. Cuerpas que se acercan, pero no físicamente. Abrazos que contienen a la distancia. #EstamosCerca.

Tuvimos que reconfigurar nuestros “cara a cara”: la urgencia impuesta por el avance del virus y las medidas de Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio nos llevaron a desarrollar nuevas tácticas — que se suman al repertorio de este feminismo que sigue creciendo y expandiéndose— y a poner la cuerpa de maneras distintas.

Así como todes tuvimos que modificar una cantidad enorme de costumbres, haceres, formas de trabajo, formas de cuidado, etc., con las consecuentes angustias e incertidumbres obvias en estos tiempos que corren, hacia el interior de la Red también nos preguntamos por nuestro hacer activista socorrista. Afortunadamente, nunca actuamos en soledad. Contábamos, por un lado, con alianzas a lo largo y ancho del país, incluyendo movimientos sociales, redes de distinto tenor, profesionales de la salud amigables y organismos del Estado; y, por el otro, con una gran experiencia acumulada a lo largo de años de lucha: un acervo activista común hecho de aprendizajes colectivos que se integran a un movimiento feminista que nos sostiene y desafía, y en el que insistimos con la responsabilidad social que tenemos con las vidas y la salud de quienes abortan.

El resultado de ese pensar y accionar se refleja en los testimonios que conforman este libro compuesto por cinco capítulos: el primero de ellos pone sobre la mesa los miedos de las personas con capacidad de gestar que decidieron interrumpir sus embarazos en curso durante la cuarentena, así como la tristeza que les provocó “la noticia”, el hecho de hacerlo y, más aún, la hipocresía de una sociedad muchas veces condenatoria. El segundo, “Esperanza”, reúne relatos que miran

al futuro y conservan la alegría de encontrar activistas dispuestas a ayudarlas de manera desinteresada. "Acompañarnos, acuerparnos" profundiza sobre los lazos humanos y la importancia de estar disponibles para otras, para otras. Le sigue "Abortar en cuarentena", con una recopilación de experiencias de aborto durante el aislamiento, que no impidió el acompañamiento por otras vías. Finalmente, el quinto y último capítulo está destinado a los relatos escritos con un puño en alto al grito de "¡Será ley!".

Acompañando las decisiones de abortar, en tiempos de cuarentena, vivenciamos que las angustias, incertidumbres, temores, sobresaltos, desconfianzas tomaron otra tonalidad. Y, sin embargo, cuando los abortos sucedieron, los alivios aparecieron y se relataron en mensajes que fueron y vinieron.

Entre esos mensajes, hubo quienes contaron que leer textos sobre experiencias de otras mujeres que abortaron les trajo tranquilidades varias, y decidimos que eso se convertiría en una apuesta con múltiples aristas. Así fue que, a principios de julio de 2020, lanzamos una campaña por redes sociales: bajo la consigna "abortaste en cuarentena, contanos tu experiencia", buscábamos poner en palabras todo lo que había sucedido durante los primeros 100 días de aislamiento, que esas palabras sirvieran a otras personas con capacidad de abortar para llevarles alivio, hacer sensible la idea de que estuvimos, estamos y estaremos cerca, y seguir aprendiendo de los abortos en tiempos de pandemia para continuar a(r)mando otros modos de cuidados.

Esas experiencias llegaron rápidamente vía mail, mensajes en redes sociales y audios de WhatsApp que fueron fielmente transcritos por activistas de distintas regiones de Argentina. Las voces de esas mujeres que decidieron hacer visible algo que sucede puertas adentro se convirtieron en una publicación digital por entregas semanales, que fue distribuida en las redes sociales de Socorristas en Red entre agosto y septiembre de 2020, en una página web que las nuclea (<http://socorristasenred.org/estamos-cerca/>), en una serie de cinco

podcasts (<http://socorristasenred.org/estamos-cerca-podcast>) y, ahora, en un libro editado por una universidad pública.

El aborto existe e insiste, aun en cuarentena. Lxs socorristas acompañan, luchan, abrazan amorosamente mientras la pandemia azota. En tiempos de cuarentena, donde todo parecía haberse detenido, las historias negadas por la prensa y el Estado transcurrieron como siempre. Aun en aislamiento, el aborto continuó sucediendo a lo largo y a lo ancho del país. Este grito urgente nos une, reclamando una legalidad necesaria porque nuestras necesidades y nuestros derechos irrumpen y demandan nuestra presencia. Estamos cerca, acompañando para que la maternidad sea deseada. O no sea.

Índice

| | |
|---------------------------|----|
| Miedos y tristezas | 11 |
| Esperanza | 33 |
| Acompañarnos, acuerparnos | 55 |
| Abortar en cuarentena | 75 |
| Apoderadx: que sea ley | 95 |



Miedos y tristezas

Vacío y relajación

Voy a contar mi experiencia para poder ayudarte, así como a mí me ayudaron. Para que sientas y tengas todo el apoyo en esta decisión. Me tocó vivirla en una cuarentena mundial. Con muchas circunstancias y momentos en los que necesité mucha ayuda.

Pero empezemos por el principio. Tengo pareja hace dos años. Y hace doce años que tomo pastillas. Por razones hormonales tuve que dejar las pastillas y mi ginecóloga me dijo “cuidate porque estás 100% fértil”, así que empecé a tener relaciones cuidándonos con preservativos, a lo que sabía que tenía un mínimo de posibilidades de fallar. Y así fue, se rompió y decidí tomar la pastilla del día después, la cual no funcionó. Luego, buscando y buscando también supe que tiene posibilidades de fallar.

Después de pensar que no menstruaba por haber dejado las pastillas, por tomar una pastilla... y después de pensar y sentir que estaba embarazada, un domingo, casi un mes después, decidí hacerme un test y dio positivo, en menos de un minuto.

Mi vida se desmoronó en un abrir y cerrar de ojos. Mi familia no iba a apoyarme en mi decisión; mi pareja sí me apoyaba en lo que yo decidiera. Lloré y lloré, mucho; sentí que todo lo que estaba esperando para mi futuro se estaba saliendo de control. Pero ahí tenía a mis amigas, para decirme que existía este grupo de socorristas que podían

ayudarme y que todo tenía solución. Lo que yo quería era no estar más embarazada. Las náuseas y los dolores eran por esto y no por otra cosa. Un domingo entero pensando y pensando. La decisión de ser madre era nula. No podía, no quería, tenía mucho miedo, muchas ganas de que terminara todo ya.

Al otro día, un lunes, en plena cuarentena, llamé al número que me habían pasado y me atendió una mujer, que trató de calmar mi angustia y ansiedad; que me preguntó todo lo que me había pasado, cómo me sentía. A los pocos días, se puso en contacto conmigo y me derivó con la que fue y es mi acompañante, la persona que más jodí y pregunté cosas. Me llamó y coordinamos una reunión y ahí sí nos conocimos por videollamada; muy atenta y con muchas ganas de ayudarme. Desde el primer día sentí la confianza que ella me brindaba. No nos conocíamos, ella no sabía nada de mí, ni yo de ella, pero así confiamos en nosotras y emprendimos el camino, para poder terminar con algo que yo no deseaba.

Pasé por muchas dudas, muchas preguntas, mucha ansiedad, busqué en internet, pregunté a amigas, le pregunté a mi acompañante; no podía dejar de pensar en lo que mi cuerpo iba a pasar. Porque, aunque ellas me explicaban, mi cabeza y mi cuerpo tenían miedo, cada vez con más náuseas, a raíz de lo que mis emociones reflejaban.

Yo no soy de una ciudad grande, sino de un pueblo, lo que me llevó a tener que hacer una movida para conseguir esas pastillas, para poder abortar. Creo que eso fue lo que más miedo me dio.

Luego de dos semanas, llegó el momento de tomar las pastillas. Mi familia no me apoyaba, por eso decidí no contarles nada; solo a mis amigas. Y a compañero, que respetaba mi decisión pero no la compartía.

Me preparé para hacer los pasos un viernes.

Tuve la suerte de que mis amigas querían estar a mi lado. Pero decidí hacerlo sola, yo sola en mi cuarto, sin nadie, con mi familia en cuarentena; sin saber nada del tema, solo lo que había leído. Nunca pasé por nada así, ni pude acompañar a nadie en esto. Sí pude leer mucho e

informarme. Sabía qué me iba a pasar... me llené de información, para poder estar bien preparada. Aunque nada te prepara para algo así.

Con mi acompañante nos sacamos todas las dudas que teníamos, nos escribimos por muchas horas y días.

Llegó el día del último paso.

Sola, acostada, 8:30 a.m. Me dormí acurrucada para esperar lo que venía y, a las dos horas, comenzaron unos dolores parecidos a los de un dolor de ovarios y unas contracturas, nada fuera de lo que ya habíamos hablado, pero un dolor fuerte, constante, molesto y que quería que terminara. Dos horas duró el dolor. Me metí a bañar, para relajar y calmar, sentí que cayó algo, muy distinto a lo que era un coágulo, miré y algo como un algodón apareció. En ese mismísimo instante el dolor se terminó, las contracciones desaparecieron, las náuseas y el malestar desapareció, todo desaparecieron. Sentí un vacío y una relajación al mismo tiempo.

Pasaron menos de cuatro horas desde la última toma. Mi acompañante y amigas estaban ahí esperando el mensaje que dijera: "Estoy bien, creo que ya aborté".

Examiné todo lo que había salido de mí. Cada cosa. Mandé fotos, busqué en internet; es difícil saber qué era, cuando no había visto nunca nada similar. Sabía que iba a sentir el vacío, porque una lo siente.

Y sí, había abortado. Acompañada a la distancia, pero súper contenida.

Me tocó vivirlo así, sola, en cuarentena, sin el apoyo de mi familia, pero pude, porque así lo decidí, así lo quise.

Luego de unas horas, el cuerpo me pedía mucha tranquilidad y delicadeza. Y la cabeza no paró de pensar hasta hace muy pocos días. Ahí estaban otra vez mis amigas y mi acompañante, para aprender juntas y poder calmar ese miedo que se siente. Porque se siente, porque a veces no tenemos la posibilidad de ir al doctor y que todo sea más fácil y más seguro. Tenemos que mentir si vamos al hospital, si se complica, porque la pasamos mal, nos juzgan y no queremos eso. Entonces, el miedo es constante. Y ahí es donde las acompañantes y

las personas que te apoyan cumplen el papel más importante, para escucharte y sacarte las dudas, poder dejar de pensar en que algo malo puede pasar.

En mi experiencia, por ahora, todo fue bien, tuve un poco de dolor los días que pasaron, y sangrado. La cabeza ocupa mucho lugar en cómo te vas a sentir. Tenés que cuidarte y observarte todo el tiempo, para poder estar atenta.

Hoy, luego de casi un mes, la decisión fue acertada. Mi cuerpo ya está mejor, de a poco se recupera, me sentí muy segura y muy acompañada.

Fue duro, pero es algo que sabía que quería y me topé con la gente correcta. Agradezco a las mujeres que pensaron y cuidaron de mí...

Gracias.

Sé que van a seguir luchando y voy a estar también para luchar, para que el aborto sea legal, seguro y gratuito.

Belu, 28 años, Coronel Suárez, Buenos Aires.

La noticia

Me enteré de mi embarazo; con tres hijos me pareció imposible, junto con mi edad y mi trabajo, otro bebé no fue buena noticia. No fue buena noticia.

Me informé con las chicas socorristas. Y llegué a concluir un aborto seguro. Luego de hacerlo me sentí muy triste y hoy, un mes después, recién recuperándome del corazón y de mi cuerpo. Cuidarse siempre es la mejor opción.

Valeria, 37 años, Barrancas, Santa Fe.

¿Tirarme por las escaleras?

¡Buenas! Decidí contar mi historia de aborto en cuarentena para que no sientan que están solas y que, a pesar del aislamiento, seguimos unidas y con mucho amor.

Estuve dieciocho meses en tratamiento con anticonceptivos para eliminar quistes. Unos meses antes estaban por operarme de estos y, de paso, pedí a mi ginecólogo realizarme la ligadura porque estoy decidida a no maternar nuevamente, ya que tengo dos. Él me envió a conversarlo con mi marido y una psicóloga, como si mi decisión no importara si no es consentida por más personas.

En abril tuve un pequeño atraso, eran dieciocho días de atraso. Decidí ir al ginecólogo porque estaba segura de que no era embarazo, ya que tomaba anticonceptivos. Ese día, el ginecólogo me envió a hacer una ecografía y análisis. Aún no tenía el resultado de los análisis al momento de hacerme la eco, por ende me enteré, durante la ecografía, que tenía un embarazo de siete semanas. Fue la peor noticia que podía recibir. La ecografista, al darse cuenta de que no era una noticia esperada, me dio las opciones de mover el monitor y sacarle el sonido, algo que es muy bueno cuando una ya está decidida.

Salí desesperada, no sabía qué iba a hacer mi marido; no quería contarle nada porque yo estaba decidida: no quería tenerlo. Hablé con varias amigas: algunas se borraron porque no aceptaban la decisión y otras me apoyaron infinitamente. Entre toda la desesperación, conseguí el dato de una médica que cobraba \$700 solo por una receta para misoprostol: me dijo que cobraba eso porque ella ponía en riesgo su matrícula (creyendo que por \$700 iba a salvarse). No accedí, ya que por más receta que tuviese, en la farmacia no iba a conseguir. Seguí buscando contactos, llamé a gente de Buenos Aires, pero no era muy seguro que me las enviaran y entonces perdería el dinero. Continué buscando y conseguí una persona que me vendió cuatro

Oxaprost. Pero aún me faltaban ocho más. Hasta que vi un estado de WhatsApp de un contacto: el celular de Las Hilarias.

Al día siguiente, me puse en contacto. Me atendió la telefonista, un amor. Me explicó cómo era el procedimiento y que tenía que esperar unos días para que una socorrista se pusiera en contacto conmigo. A los días me escribió, fue un alivio terrible cuando me dijo que me podía ayudar y que lo íbamos a solucionar. Le envié mil mensajes, yo estaba muy ansiosa y asustada, a la vez, porque me sentía muy sola. Con mis amigas solo hablábamos por WhatsApp, así que lo más cercano que tenía era mi socorrista, que realmente me ayudó un montón.

A mí ya se me había ocurrido hasta tirarme por las escaleras. Tuvi- mos muchas charlas y mensajes: me dio toda la información de cómo hacerlo, los síntomas que tendría, desde qué podía sentir hasta qué tenía que hacer en cada paso. Finalmente, pudimos coordinar el día de mi turno. Fui con mis estudios previos a ver a una médica a un hospital público, le conté todo lo que me sucedió y ella, súper comprensiva y amorosa, me dijo que me quedara tranquila, que todo tenía solución. A los dos días, regresé por la receta para el misoprostol y las retiré en la farmacia de un centro de salud público. Hablé nuevamente con mi socorrista y repasamos la información.

A los días, comencé con las pastillas: empecé con el sangrado leve, pero con muchos dolores. A todo esto, muy nerviosa porque mi marido estaba en la casa y él no sabía nada ni quería contarle porque está en contra de todo esto y no iba aceptar mi decisión. Durante la última toma, a los veinte minutos de tener las pastillas, me empecé a sentir muy mareada y con mucho dolor, sentía como que me había bajado la presión. Fui a la cocina a tomar agua para tragar los restos de pastillas y, en ese momento, me dio vómito, por lo que mi marido se acercó a ver qué me estaba pasando (yo ya le había comentado que estaba con el período y con mucho dolor). En lo que fui de la cocina al baño, muy descompuesta, vomité de nuevo en el baño. En ese momento, me bajó mucha sangre, tanta que me corría por las piernas. Le pedí a él que me metiera en la ducha, yo estaba con muchos escalofríos. Me

metí en la ducha vestida y sola, ahí me bañé ya más tranquila, me saqué la ropa y la dejé en un balde, incluso la ropa interior. Después me recosté, ya se me había cortado el sangrado abundante, aunque seguía con mucho dolor, pese a que ya había tomado analgésicos (pero los vomité a los treinta minutos, así que no me habían hecho efecto). En un momento, sentí un dolor muy fuerte, como una contracción, fui al baño y eliminé el saco, pensé que ya estaba completo porque se me pasaron los dolores, aunque continuaba con sangrado y eliminando coágulos de todos los tamaños.

Durante todo el tiempo, desde el primer momento en que hice la primera toma hasta que me dormí, tuve comunicación con mi socorrista, quien me ayudó en todo. Esa noche tuve sangrado normal, como de período menstrual, y así seguí el día siguiente, ya sin dolores ni nada. No tuve la necesidad de acudir a ninguna guardia, que era lo que peor me ponía y más miedo me daba. Por suerte ya está todo bien y estoy súper agradecida con Las Hilarias, que sin conocerme me ayudaron en todo ¡y siempre a disposición!

¡Será ley y no estamos solas!

G., 33 años, San Juan capital, San Juan.

“Tuve nervios”

Y bueno, yo les voy a contar cómo fue, cómo lo pasé.

A las seis de la tarde me tome las pastillas. Y bueno, emm... al ratito empecé con dolores, dolores, dolores...

Lloré. Tuve nervios porque fue mi primera vez. Pero gracias a que tuve compañía de amigas y mi tía, se me pudieron pasar un poco los nervios. ¡El dolor seguía y bastante!

Y bueno, mi amiga me veía mal, me sobó un poco la espalda, entre cinco minutos o diez, me sobó dos veces la espalda. Y bueno, fui al baño y se me pasó.

Y los dolores se me fueron. Pero bueno, ahora estoy un poco bien, me estoy recuperando.

Y espero que las chicas que lo hagan tengan compañía, porque si no, creo te volvés loca.

Rocío, 25 años, Córdoba capital, Córdoba.

“No lo sentía mío”

Tengo veintidós años, soy de San Francisco, Córdoba. Me enteré de mi embarazo cuando estaba de cinco semanas. Para mí fue un balde de agua fría, algo que no esperaba que me sucediera... No fue fácil, pero la decisión de abortar la tomé apenas me enteré, fueron muchos los motivos que me llevaron a tomar esa decisión.

Vivo con mi mamá y mi hermana, quedé sin trabajo, estoy estudiando, no tengo un ingreso ni lugar como para poder tener un bebé. La persona de la cual quedé embarazada nunca supo ni se enteró, porque sufrí un abuso de parte de él, abuso que hoy todavía trato de procesar y que, en su momento, siento que podré contar bien.

Apenas me enteré del embarazo, enseguida fui al médico para que me ayudara o me explicara qué tenía que hacer. Fui acompañada de una amiga enfermera. Él me explicó con quién tenía que ir y me dio una orden para hacerme una ecografía, para confirmar todo. En esas semanas estuve muy mal anímicamente, sentía hasta ganas de morirme porque no quería lo que había en mi cuerpo, no lo sentía mío, lloraba todas las noches, no dormía; sumado a eso, tenía todos los síntomas de embarazo, muchas náuseas, era peor para mí porque me ponía más nerviosa. Pero mi decisión estaba tomada. Le conté a mi hermana porque necesitaba decírselo a alguien, ella me apoyó y me entendió; fue un peso menos para mí porque necesitaba apoyo y contención en todo momento. Lloraba mucho y decía que, si no podía hacer nada, yo me quería morir.

A los días hablé con un doctor que me dio un número para contactarme con las socorristas, *Socorro Rosa* le dicen. Ellas me iban a ayudar y acompañar en todo mi proceso. Esa misma tarde llamé y me atendió una chica llamada Emilia. Desde el primer momento en que hablé con ella me sentí cómoda, más tranquila. Ella me explicó todo lo que yo tenía que hacer. Ese día hice de cuenta que se me fue un peso más de arriba. Yo pensé que estando en cuarentena no iba a poder abortar.

Pero no fue así, al contrario, más que nunca estaban ahí firmes para ayudarme. Tuve que seguir una serie de pasos —los cuales seguí detalladamente— hasta llegar al hospital donde iban a atender mi caso. A todo esto, yo seguí en comunicación con Emilia del socorro en todo momento, JAMÁS me dejó sola. Despejaba todas mis dudas, me aconsejaba, me ayudaba y demás.

El día que llegué al hospital para que atendieran mi caso, estaba muy nerviosa. Me atendieron tres chicas y un doctor, me hicieron preguntas, me preguntaron qué había pasado y me pude abrir con ellos, en todo momento lloraba porque estaba muy sensible y débil, pero me apoyaron en todo momento, me consolaban y demás. Me llevaron a otra habitación, donde me explicaron todo lo que tenía que hacer. Estaba muerta de miedo. Me fui a mi casa más tranquila porque había una solución.

Llegó el día en que iba a realizar el aborto, fue un miércoles, el 29 de abril. Estaba muy asustada, muy. Pero Emilia seguía en contacto conmigo. Ese día realicé el proceso. Fue muy doloroso, eso no lo voy a negar. Tenía una mezcla de sentimientos inexplicables, dolor, angustia, dolor físico, hasta dolor mental (una forma de decir). Me acompañó mi mamá, ella no sabía, pero yo le decía que eran síntomas de menstruación porque son parecidos, pero dolores un poco más fuertes. En ningún momento me dejó sola. Pude tener el aborto completo. Cuando se completó, sentí mucho alivio, los dolores disminuyeron y, en ese momento, me quebré, empecé a llorar mucho por todo lo que había tenido que pasar. Le hablé a Emilia, y ella me ayudó a confirmar el proceso. Estábamos muy contentas las dos porque todo había salido bien. Esa noche dormí muy tranquila, con un poco dolor, pero tranquila.

A la semana me tuve que realizar una eco para verificar que todo estuviera bien. Y así fue. Volví al hospital con las tres chicas que me habían atendido el caso, me recomendaron anticonceptivos y así fue. Ahora estoy tranquila, puedo continuar con mi vida. A las chicas que están pasando por lo mismo, les digo que tengan confianza en las

personas que las quieran ayudar, no estén solas porque no es un proceso para pasar solas, no les puedo decir no sientan miedo porque es algo normal y difícil, pero sí que confíen y que todo va a salir bien. Que se cuiden, que no se dejen abusar en ningún sentido por nadie; háganse escuchar, cuiden de su cuerpo, de su vida, porque es lo que nos lleva a todos lados. No estamos solas, eso lo más importante, y todo tiene solución.

LAS ABRAZO MUY MUY FUERTE Y ALGÚN DÍA SE VA A CAER.

Guadalupe, 22 años, San Francisco, Córdoba.

“Fui prudente”

Me encontré con un embarazo a las pocas semanas de que empezara la cuarentena, estando distanciada de la que es ahora mi pareja (estamos distanciados por la cuarentena: él está en Córdoba y yo estoy en Carlos Paz, no podemos vernos). Cada uno tiene hijos por su lado. Tengo tres nenes pequeños, de tres, cinco y siete años, y la verdad es que, para mí en este momento, hubiese sido imposible llevar adelante un embarazo con todo lo que eso implica en cuanto a cuidados de salud, acompañamiento, y ni hablar económicamente. Yo me quedé prácticamente sin trabajo con esta situación y toda mi familia está en Buenos Aires.

Primero pensé que mi única opción era seguir adelante, hasta que pensé en la alternativa del aborto y encontré a las socorristas en la web. Han sido, para mí, luz en medio de la noche.

Fue una experiencia complicada, con muchos miedos, sabía que no la iba a pasar bien, pero estaba decidida. Esto fue hace apenas dos semanas y les puedo decir que hoy estoy muy bien. Todo salió muy bien, normal, y no me arrepiento. No me arrepiento porque siento que fui prudente.

Creo que la cuarentena potencia o fuerza o cambia ciertas decisiones. Yo, sinceramente, no sé si en otras circunstancias hubiera abortado o hubiera seguido con el curso de ese embarazo, pero es la realidad que me tocó y agradezco haber contado con esta ayuda y con estas mujeres que me abrazaron sin conocerme y me han apoyado y lo siguen haciendo en todo.

Mariana, 39 años, Carlos Paz, Córdoba.

“No estaba lista”

Hola, mi nombre es Clara, tengo veintitrés años y aborté en cuarentena. Les cuento mi experiencia para que no tengan miedo de tomar esta decisión.

En mi caso, tengo un hijo de seis años y quedé embarazada de mi expareja. Y me enteré cuando ya estábamos separados. No estaba lista, no era el momento para tener otro hijo, en mi cabeza solo deseaba seguir trabajando terminar lo que me queda del secundario, para poder estudiar y progresar.

Me costó mucho tomar la decisión, lo pensé una y mil veces y no quería, no podía traer al mundo un niño que no iba a tener una familia, y que, lamentablemente, tampoco era deseado en este momento de mi vida.

Cada día que pasaba me sentía peor, con ganas de llorar, me sentía mal por llevar dentro mío un embarazo no deseado. Así que tomé coraje y hablé con mi hermana, ella me apoyó, me ayudó a buscar información, y por redes sociales, ¡dimos con las Socorristas! Las llamé, les conté un poco mi situación y ellas me dieron toda la información de cómo hacerlo y me explicaron el paso a paso.

El día que empecé —no les miento— tenía mucho miedo, pero tenía que hacerlo, sabía que era lo correcto; mi hermana me acompañó y la socorrista que me tocó siempre estuvo disponible para todas mis consultas, dudas, miedos. Estuve muy acompañada por ellas.

Es un proceso difícil y un poco doloroso, pero al final de todo, cuando todo pasa, la tranquilidad que se siente te hace dar cuenta de que fue la decisión correcta y de que todo va a estar bien.

Nunca estuve a favor del aborto, ¡y ahora que me pasó entendí por qué luchan las mujeres! Tuve miedo de hacerlo sin asistencia de un médico, y encima, en medio de esta situación de cuarentena. Pero salió todo bien y acá estoy, bien y más fuerte que nunca ¡porque sé que mi decisión fue la correcta!

No tengan miedo de tomar su propia decisión sobre sus vidas. ¡Lo único que me queda por decir es GRACIAS a las socorristas por no abandonarnos, por acompañarnos!

Clara, 23 años, Córdoba capital, Córdoba.

“Fue rápido”

Al principio tuve miedo, obvio, como todas. Miedo de desangrarme mucho o sentir mucho dolor. Por suerte lo mío fue rápido y no sentí tanto los dolores que aparecían en los folletos, pero, obviamente, es cómo reacciona el cuerpo de cada una. Me sentí súper segura de tener a la chica guiándome todo el tiempo, preguntándome cómo estaba, y, si me pasaba lo más mínimo, poder avisarle o, si me olvidaba de algo, me lo volvía a decir. Estuvo esos tres días súper pendiente de mí y de todo lo que pasaba en ese momento.

Fue rápido, no me pasó nada y, hasta ahora, estoy lo más bien.

Noelia, 29 años, Pedro Luro, Buenos Aires

“Muy emocional”

Bueno, quizá este mensaje lo necesitaba para descargarme un poco, ya que me cuesta hablarlo en voz alta, tal vez por el miedo a lo que la gente diga o quizá todavía no me siento lista... Tiendo a ser muy emocional y a exagerar todo, así que no sé si es por eso o porque fue muy fuerte todo.

El día que realicé el aborto fue súper difícil, en mi experiencia fue doloroso y espero no volver a tener que pasar por esto nunca más. A veces me acuerdo del dolor y me da miedo, fue un proceso que no me gustó, pero es algo que yo decidí y eso, a la vez, se siente bien. Quizá lo más feo es que no me siento cómoda hablándolo y en las noches lloro porque quisiera que mi familia —más que nada mi papá— estuviera acompañándome porque sé que tendría la palabra justa para calmarme. Con mi compañero no hablo, porque por más que todo el tiempo él me diga de hablarlo, siento que para él es algo que ya pasó y que no hay motivos para volver a ponerlo sobre la mesa. También por lo que dije antes: todavía no me siento lista para hablarlo.

Sí me da miedo volver a tener relaciones sexuales heterosexuales por el riesgo a volver a quedar embarazada; por más que use cualquier tipo de anticoncepción, no puedo... Pasó una vez más y, por días, tuve miedo de que la anticoncepción fallara, entonces no puedo ni dormir y me la paso con insomnio hasta que el sueño me gana. Me cuesta dormir, a veces me da miedo de que llegue la noche, pero ahora aprendí un poco a sobrellevarla, y bueno, más o menos así es la cosa, todavía tengo miedo, pero de a poco se va yendo. Tampoco me siento lista para hablarlo con una psicóloga ni con mis amigas, supongo que cuando me sienta lista lo podré hacer.

Con respecto a ustedes, bueno, a vos en todo caso, en el proceso me hiciste sentir súper acompañada. Juro que no me sentí sola al momento de hacerlo porque estabas pendiente de mis mensajes, amé la

ayuda que me dieron y que hicieron que me calmara antes de empezar todo. De verdad, estoy infinitamente agradecida.

Florencia, 21 años, Rafaela, Santa Fe.

Me quitó el miedo en cuarentena

Soy Juli, tengo veinticinco años, ¿hijos?: dos. Hace un tiempo quedé embarazada y lo primero que pensé fue que NO quería tenerlo, no había... ¡no quería saber nada con tener un hijo!

Lo primero que pensé fue en abortar y lo segundo que pensé fue el miedo, porque sé que en este país es ilegal el aborto y eso me generó miedo a la muerte: por la cantidad de lugares clandestinos que sé que existen, por la cantidad de métodos que existen y por el abandono de persona que hay en los hospitales. Sentí miedo.

Y recordé que había un grupo de personas, que son las Socorristas, que las había visto en una carpa, en una marcha por el aborto legal y brindaban un número por si vos querías ser acompañada en la interrupción de tu embarazo. Entonces automáticamente me puse en contacto. Y di con las feministas de Sierra Chica, que son quienes me socorrieron, y les conté mi situación.

Me dieron un taller informativo de dos horas, en el que me brindaron tranquilidad —porque estar informada te da mucha tranquilidad— y me explicaron cómo iba a ser todo el procedimiento.

Cuando por fin logré conseguir la medicación, empecé a tomar las pastillas, perdí sangre, sentí mucho dolor, pero sabía que había una persona, que era mi socorrista, que estaba al pendiente de mí, que estuvo desde el primer día al pendiente de mí, preocupándose por mí, hasta treinta días después de haber abortado. Estuvo ahí, preguntándome permanentemente cómo estaba, y diciéndome qué tenía que hacer si sentía dolor, qué tenía que hacer si estaba mal. Así que, bueno, eso me dio mucha tranquilidad, me quitó el miedo, aun en cuarentena. Porque también uno de mis miedos era: en cuarentena, ¿cómo iba ser todo? Pero estas personas tuvieron la capacidad de acompañarme de igual manera.

Porque yo sentía que mis... que... que... sí... no en cuarentena, sí... aun sin cuarentena, era para mí, redifícil poder lograrlo, ¿te imaginás en cuarentena? ¡Iba a ser imposible!

Con el paso de los días comencé a sentirme mejor, lo tuve que hacer con mis hijos en casa, pero todo fue bien. Estoy acá, no tuve que ir al hospital después porque estaba bien. Y si tenía que ir sabía lo que tenía que decir. Hoy me siento tranquila, me siento feliz, me siento agradecida por estas personas y me siento libre, libre de elegir sobre mi cuerpo. Es un derecho, es un derecho que tenemos todas las mujeres y trans, que transitamos un embarazo no deseado. Y yo me siento una afortunada de haber podido elegir sobre mi cuerpo, siento que esto tendría que ser legal, que tendría que ser algo común, que una vaya a un hospital y le plantee a la doctora "No quiero tener mi hijo" "Bueno, esta es la forma" Y te brinden todo.

Pero existen estas personas que son socorristas, que están llenas de amor, y que me dieron la tranquilidad de poder elegir sobre mi cuerpo, de poder elegir sobre mi vida, y de poder seguir estando acá parada, viva para mis otros dos hijos y para seguir adelante con lo que yo quiero.

Abortar es un derecho y estas personas lo hacen posible... ¡Muchas gracias!

No, no dudes en recurrir a ellas o alguien, si querés hacerlo, no te quedes con eso, no tengas un embarazo no deseado, no tengas un hijo. ¡Vos sos la dueña de tu propio cuerpo! ¡Vos sos la dueña de tu vida!

Juli, 25 años, Saldán, Córdoba.

“No tengas miedo”

Quería contarles mi experiencia, de cómo fue realizar mi procedimiento en medio de esta pandemia.

Me enteré de mi embarazo cuando tenía alrededor de cuatro semanas. Soy muy regular y, apenas noté la ausencia de mi regla, me di cuenta de que las cosas no andaban bien.

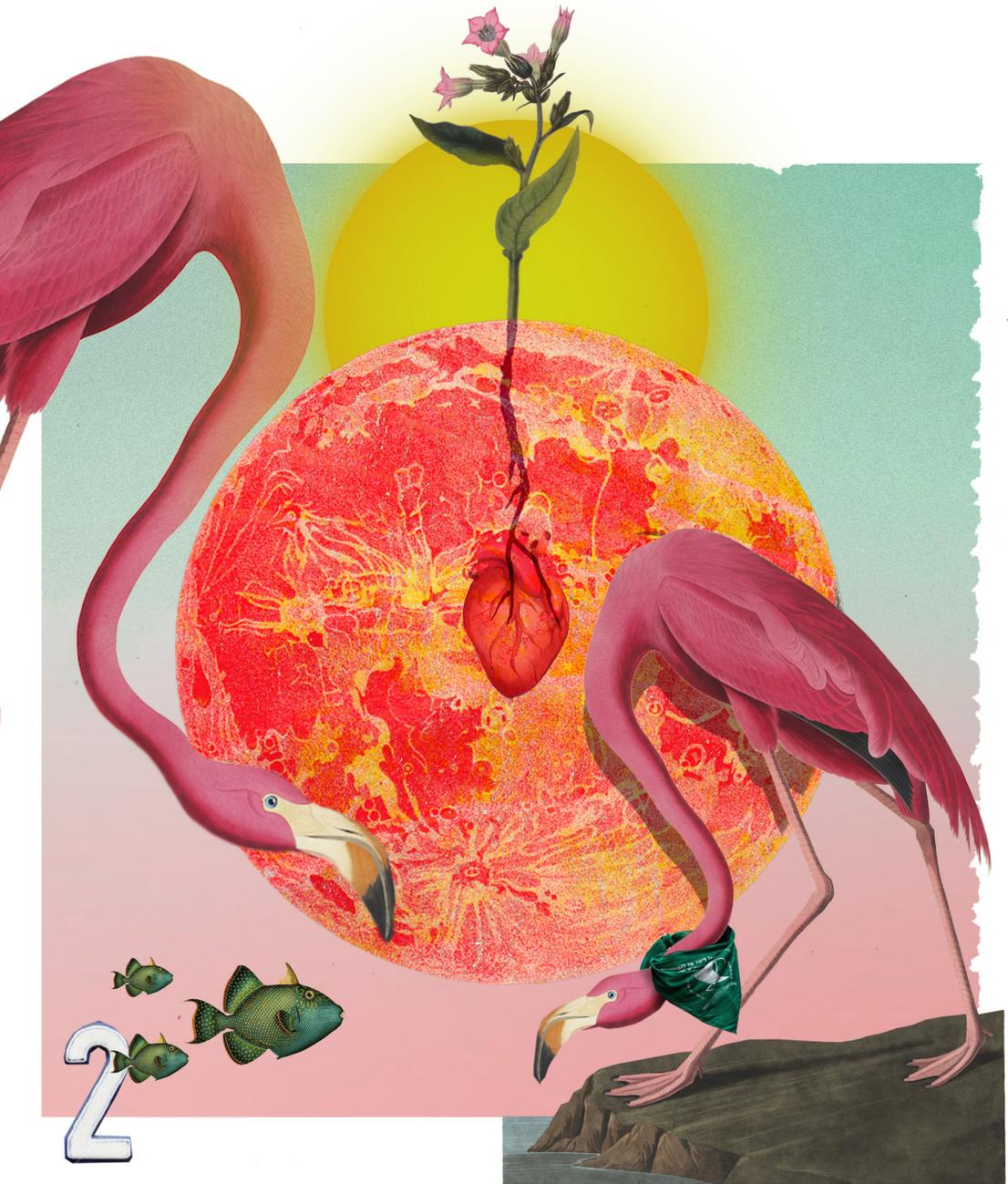
Había tenido una relación, no cuidada, con una persona que no era mi pareja estable. Yo no estaba utilizando métodos anticonceptivos (por inconsciente) y él, creyéndose muy vivo, me dijo “hagámoslo así, no pasa nada”. Yo me dejé llevar, lo que me llevó al resultado menos deseado: un embarazo.

Me realicé el test, que dio positivo, y entré en pánico, no sabía qué hacer. Ese embarazo no podía llegar a término. Le conté a la persona con la que había estado y se desentendió del tema, absolutamente. Me sentí tan mal, como nunca antes...

Hablé con mis amigas y encontré diferentes posturas, a favor y en contra del aborto, me contaban experiencias de otras chicas que pasaron por mi situación, pero todas eran desde un punto de vista del sufrimiento, de consecuencias terribles. Tuve mucho miedo. Incluso me llegué a sentir una mierda de persona por no querer tenerlo. Pero no era el momento, no tenía los medios para afrontar el embarazo, mi situación es muy precaria económicamente. Así que me armé de valor y empecé a buscar por internet algún tipo de ayuda: encontré el 0800 de educación sexual del Gobierno, los médicos en red y Las Hilarias.

De todo recibí excelente trato y una respuesta realmente rápida.

Las chicas de Las Hilarias me trataron súper bien, todo lo realizamos a través de llamadas telefónicas, ya que no estaba permitido juntarnos. Empecé a tratar con la chica que iba a ser mi acompañante en este proceso, y me sentí escuchada, comprendida: siempre una palabra de aliento. Me brindó toda la información que necesitaba, con



Esperanza¹

Espero

Estoy escribiendo el día después. Ahora es fácil escribir: desde el alivio, desde la tranquilidad. Hace unos días no podía escribir. Ni escribir, ni conciliar el sueño, ni concentrarme. Fueron dos semanas y media en total, desde que me enteré del embarazo hasta que pude interrumpirlo. Nunca me imaginé que dos semanas y días podían ser como meses, como años. Cada minuto, una eternidad. Una angustia que no paraba de crecer. Estábamos en cuarentena: sin poder salir, encerrados, en ese domingo eterno plagado de incertidumbre, cuidando hijos veinticuatro horas, “teletrabajando”. Nada de eso podía hacer bien.

Y a cada minuto pensaba. La cabeza no paraba ni un segundo. Pensaba en el error. En lo inimaginable de la situación. Me invadían emociones imposibles de manejar. Pensaba en las lágrimas de ese viernes al mediodía al hacer el test: lágrimas de amargura, de bronca, de desesperación. Las comparaba con las lágrimas que brotaron tiempo atrás, al enterarme de mis otros embarazos, las lágrimas de emoción, de felicidad, de ilusión. ¿Es posible que el mismo líquido brotando del mismo lugar sea tan distinto?

Esos sentimientos horribles se mezclaron, de pronto, con una sensación de seguridad que a mí misma me sorprendía: nunca en la vida estuve tan segura de una decisión. Jamás. Mi compañero, de fierro, de

¹ RAE: 1. f. Estado de ánimo que surge cuando se presenta como alcanzable lo que se desea.

oro, me sostenía la mano y me abrazaba. Me acompañaba, me entendía, y me apoyaba. No estoy en su cabeza, pero parecía estar igual de seguro que yo.

Contacté a las socorristas: con toda la buena voluntad, pero al parecer sobrepasadas por las restricciones de la cuarentena y todas sus consecuencias, me pidieron paciencia. Esperar. ¡¿Esperar?! Sentía que no podía esperar un minuto. La decisión estaba tomadísima, necesitaba concretarla. La angustia era como una mano gigante apretándome todo por dentro.

Al otro día, no llorar durante dos horas era un logro. Lloraba. Quería gritar. Y pensaba... en mediados de 2018, en las sesiones de diputados y senadores en las que se debatió el proyecto de legalización de la interrupción voluntaria del embarazo. Esas que me quedé viendo desvelada hasta la madrugada. Pensaba en los argumentos de lxs legisladorxs, que me terminaban de convencer de una postura que me había tomado mucho tiempo asumir, personal y públicamente. Esas madrugadas en las que me convencí. Y esa fatídica sesión en la que no se aprobó. Y entonces hoy, cuando yo no tenía ninguna duda de lo que tenía que hacer, seguía siendo ilegal.

Era ilegal, y yo tenía vergüenza, y estaba desesperada, y no quería, no podía contarle a nadie. Tiré un par de mensajes de WhatsApp tratando de averiguar alguna cosa más, en código, usando la fórmula tristemente famosa de que era “para una amiga que me preguntó”. Pocos canales alternativos parecían viables, por la ilegalidad, por la cuarentena y por la combinación de ambas. Pude contarle solo a una persona más de mi familia, que sabía que no me iba a juzgar, que trataría de ayudarme. Y, además, me tuve que aguantar las náuseas de un embarazo que no sería, las náuseas que no me dejaban ni siquiera olvidarme un rato, que me impedían hacer como que no pasaba nada mientras llegaba la solución.

Finalmente conseguí la medicación. Luego, las socorristas me explicaron todo, me acompañaron y no me dejaron sola. Pude abortar

y hoy puedo contarlo. No tuve que lamentar ninguna tragedia, pude hacerlo de forma segura y con relativa tranquilidad.

A mí me pasó y espero que no le pase a ninguna más. Amiga, hermana, compañera, espero que no te pase. Si algún día te enterás de que estás embarazada, espero que broten esas otras lágrimas, las de felicidad, de la ilusión de estar concretando un proyecto profundamente deseado. Que tengas ganas de gritarlo a los cuatro vientos y festejar. Espero que no puedas contener esas lágrimas.

Pero si alguna vez te pasa lo que me pasó, y te enterás de un embarazo que no querés, no te puedo prometer que no te vas a angustiar. Seguro que sí. Un embarazo no deseado seguirá siendo angustiante, por más que cambien las condiciones, y dudo que un aborto pueda ser una experiencia placentera. Pero espero que ese día no tengas que esperar de más. Que puedas compartir la situación con las personas cercanas y no te sientas juzgada, sino acompañada y contenida. Que no tengas que escribir en código, que no tengas que mentir para averiguar nada. Que no tengas vergüenza, miedo de pronunciar la palabra en voz alta. Que no tengas que pensar en alguna excusa creíble para ponerle a la persona a quien vas a pedirle que cuide a tus hijxs unas horas, para tener una tarde de tranquilidad, tomar la medicación y esperar sus efectos. Que puedas tomar tu decisión, tranquila y en paz, pensándola bien y sin presiones. Que puedas ir a la clínica, al hospital, a tu médicx de confianza. Que la solución llegue rápido y sin dilaciones. Que no llegues ni a sentir las náuseas.

Espero, amiga, hermana, compañera, que no te pase nunca. Pero, si algún día te pasa, espero que ese día sea legal, seguro y gratuito.

(Quizá, ese día, yo vuelva a leer este texto, e incluso me anime a firmarlo con nombre y apellido).

F., 32 años, San Juan capital, San Juan.

Abrirse, soltar, amar

No quería orar en este charco.
Esta cangreja no quería orar en este charco
en cautiverio.
No quería dejar de luchar.
No quería sentenciarse
a convencerse
de conformarse con esa forma de amar.
Animada por voces de guerreras
que la abrazaron con cada palabra grito
 "Quiero criar en tribu
 En un lago, entre montañas
 Aceptando mi linaje
 y agradeciendo la vida"
Y así fue que esta cangreja
después de mucho tiempo, y muchos miedos,
abrió su caparazón
pero esta vez no guardó nada, sino que soltó. Amó.

Fernanda, 30 años, Santa Fe.

Un 3 de junio inolvidable

Cuando vi ese test negativo, pero con esa otra rayita casi marcada, pensé que solo era porque lo estaba mirando mucho. Me quería convencer de que era negativo, pero, en el fondo, algo me decía que no me quedara tranquila.

Siento que el cuerpo se junta con la mente y nos tiran muchas señales. Yo no me sentía segura, esperaba mi próxima menstruación, así como cuando una persona paga un viaje todo un año y espera irse.

Estar encerrada lo complicaba aún más. Un jueves 23 de abril, a las 08:30 a.m., me hice el segundo test y, mientras terminaba de orinar, se marcaba la segunda rayita, no hizo falta esperar los cinco minutos de las instrucciones. El deseo de que saliera positivo no estaba, no existía, ni quería que existiera...

Desayunar con un embarazo no deseado es la sensación más fea del mundo. Estar encerrada, sentir que no vas a poder darle fin a algo que recién estaba comenzando.

Sentí que la decisión ya estaba tomada cuando me levanté del inodoro y me dije a mí misma LO VOY A SOLUCIONAR.

Tuve la suerte de rodearme de mujeres con mucha información en mano; llamadas y mensajes que mandaba, tenía respuestas muy alentadoras y empáticas. Pasaban los días y la espera me mataba, me daba insomnio, me daba lágrimas y, a veces, me hacía sentir culpable. Me preguntaba cómo hacían otras mujeres para obligarse a querer seguir con algo no deseado. A "amigarse" con su embarazo, a obligarse a querer algo que nunca planearon.

Nunca me había sentido tan desesperanzada en toda mi vida. Pasaban los días y yo todavía no cumplía ni un mes de embarazo, pero en mi mente parecía que tenía un feto de casi cinco meses. Porque es así, lo físico pasa a ser secundario. Nuestra salud mental se pone vulnerable, por lo menos la mía sí. Lloraba y pensaba qué iba a ser de

mi vida con un hijo, sin trabajo, sin estudios, en la casa de mi mamá, viviendo con mis tres hermanos.

Tenía en mente muchos proyectos, que pensé que se iban a ir a la basura, y no quería eso. Todas las noches me replanteaba la situación, me decía a mí misma que todo iba a pasar, solo había que tener mucha paciencia.

A pesar de mis ideologías personales, muchas veces me sentí culpable, muchas veces me sentí egoísta, pero sabía muy bien que no era yo, sino la sociedad que te mete ese chip para que te sientas culpable de la decisión que estás tomando. A pesar de que estaba más que decidida, esas pequeñas sensaciones a veces entraban en mí.

Estar embarazada sin querer estarlo es algo increíble, el malestar que nos produce, esas náuseas, pechos sensibles, hambre, antojos. Pero, mucho peor, las emociones.

Se me hizo eterno esperar desde el 23 de abril hasta el 23 de mayo. Cuando llegó el día de tomar el misoprostol estaba tan ansiosa, tan nerviosa, también estaba asustada y preocupada. A pesar de saber que es seguro, no falta esa cosa de imaginarnos qué puede llegar a pasar, como en mi caso.

Yo creo que mi ansiedad y ganas de sacar ese feto de mi cuerpo me jugaron en contra. Quería que ese mal momento pasara, quería que saliera, quería que se fuera. Apenas había tomado las primeras cuatro pastillas y ya quería volver a ser yo, a tener mi vida de antes. Porque, sin dudas, fue un momento que me va a marcar por siempre.

Mi sangrado empezó recién en la toma de las últimas cuatro pastillas, una parte de mí se relajó, pero la otra todavía estaba muy manija. Alrededor de la medianoche salió un coágulo bastante grande en donde imaginé que estaba el embrión, pero como tenía tantas ganas de que pasara todo, de que solo hubiera sido un *flash*, una equivocación, pensé que estaba ahí, pero no estaba.

Después de que salió ese coágulo, me cambió el ánimo, la cara, el cuerpo, pero, lo más importante, y lo que me había hecho creer que salió, fue mi cabeza, se relajó y yo pensé "listo, ya pasó".

Estaba feliz, estaba tranquila, me sentía yo de vuelta. Empecé de vuelta a ver a mis amigos, a ir a visitar a la gente que quiero, a disfrutar los momentos sin estar preocupada. Ya había pasado todo, solo faltaba hacer la ecografía para estar segura de que todo había salido perfecto.

El 2 junio me hacía esa ecografía, la que iba a confirmar que ya mi mal momento había pasado. Pero no fue así. Cuando el ecógrafo apoyó ese coso en mi panza y vi su cara, yo ya sabía que el feto seguía ahí. Su cara me dijo todo, su expresión me avisó que ese embarazo no deseado seguía. No le salían las palabras para tener que decirme que el feto estaba ahí, en su salsa.

Él me dijo que era la primera vez que se encontraba con una situación así; cuando me preguntó si quería ver o escuchar, mi respuesta automáticamente fue un “NO QUIERO”.

Fue tan chocante vivir eso, estaba en *shock*, no caía. Estaba de diez semanas y días, no podía esperar más, había que actuar. Mi decisión era la misma y yo estaba dispuesta a intentar interrumpir mi embarazo por segunda vez.

Gracias a una gran mujer, para mí, una referente feminista con todas las letras, pude lograr que se implementara la ILE.

El mágico 3 de junio fue un día especial. Esta es la mejor parte de mi experiencia. Ese 3 de junio a las 09:00 a.m., me tocaba ir al hospital, a romper con todos esos mandatos sociales que tiene este lugar en el que vivo, tan conservador. Fui con miedo, fui con ansias. Me puse un chaleco antibalas imaginario para recibir todos esos tiros, escuchar los prejuicios de lxs enfermerxs y lxs médicxs.

Al ver entrar al ginecólogo a la habitación, se me aceleró el corazón a un nivel increíble, tenía miedo de lo que me podía llegar a decir. Pero no, fue mi día de suerte, fue mi día mágico. Lo importante, era que, de alguna u otra forma, yo no iba a ser madre. Él respetó mi decisión, me contó lo que íbamos a hacer, me apoyó y me tranquilizó. Cuando empezó el procedimiento, mi cuerpo se iba tranquilizando de a poco.

En esta ocasión también tarde mucho en sangrar, el ginecólogo esperó tantas horas, que cuando llegó la hora de irse, me dijo “comé y dormí tranquila, mañana volvemos a intentar”.

Yo pensaba tantas cosas, me preguntaba por qué no salía, por qué tenía que sufrir así.

Las mujeres de mi familia que me rodeaban estuvieron ahí, incondicionales. Yo era un conjunto de emociones, hasta que, en un momento me sentí tan tranquila de tenerlas que llegó ese dolor de ovarios esperado, ese sangrado *heavy* tan esperado. Sabía que, en algún momento, iba a salir el embrión y salió. Ya estaba, ya había pasado todo, me sentía tranquila. No podía estar más feliz, porque suena un poco bruto, pero estaba feliz.

Ese 3 de junio, justo para la conmemoración del “Ni una menos”. Para mí fue mágico, fue mucho aprendizaje, porque yo estaba en el hospital y en la calle estaban mis compañeras en la marcha. Y, a pesar de que físicamente no estuve ahí, de alguna u otra forma marché, a mi manera. Ese 3 de junio es inolvidable. Me hizo más fuerte, me hizo más feminista, me hizo más mágica, y sobre todo, me hizo más poderosa. A pesar de que había pasado un momento de mierda, una tormenta de mierda. Un día llegó el sol y el sol fue ese 3 de junio, que voy a guardar en mi corazón y en mis recuerdos para siempre. Fue mi mayor aprendizaje. Me ayudó, me empoderó y me enseñó. No solo me enseñó a mí, sino también a las personas que me rodearon y me acompañaron.

Que sea ley.

Soledad, 20 años, Puerto Deseado, Santa Cruz.

“Empecé a rezar”

Elegí hacer el procedimiento sola, en mi casa, en mi pieza, la verdad que estaba muy tranquila y muy segura de lo que iba a hacer. Sabía cada síntoma, así que también estaba preparada porque no era algo tan extraño. Elegí hacerlo de día para no sentirme tan triste, tal vez. Me levanté temprano, a eso de las nueve, desayuné y, una vez que se levantó mi mamá, le dije que ya estaba lista y que estuviera atenta por si le gritaba.

Elegí hacerlo de forma sublingual, con una pastilla Halls, por el sabor... La verdad es que, cuando se me fue formando una pastita, me dio arcadas, pero traté de aguantar, y finalmente, cuando pasó la media hora, las escupí.

Luego de eso, a los diez minutos, comencé a transpirar y ahí me di cuenta de que ya empezaba todo. La verdad es que no quería ni podía usar el celular para distraerme, así que empecé a rezar, para que todo saliera bien y para poder ser lo suficientemente fuerte. Seguido a la transpiración, empecé a temblar como si hicieran -20° , temblaba mucho y, aunque quería o me tapara mucho, no paraba de temblar, así que decidí pararme y caminar, para tranquilizarme más. Empecé a sentir una molestia en el útero, como cuando te viene, pero el triple de molesto, sentía que me pesaba y quería ir a hacer pis todo el tiempo.

Tenía muchas ganas de vomitar. Te recomiendan que tomes Reli-verán antes, si sabés que tenés el estómago muy sensible, pero yo no lo hice, así que vomité. Llamé a mi mamá y ella me sostuvo el pelo y me acariciaba la espalda tranquilizándome, pero yo lloraba, lloraba por miedo a que todo hubiese fallado, a que todo no hubiera tenido un resultado, que hubiese sido en vano.

Pero no, en una de las tantas veces que fui al baño largué un coágulo grande, era bastante grande, más de lo normal, no me fijé mucho qué era y tiré la cadena.

Me quedé con la inseguridad hasta que me hice la eco y todo había salido bien.

María Belén, La Plata, Buenos Aires.

Poesía de la libertad

Mi útero duele
Expresando un dolor
Histórico
Colectivo

Mi útero expulsó
Con el dolor
Que solo la fuerza de la decisión puede resistir
Un desgarró
que data de generaciones
De mandatos impuestos
Que acaban con nuestras vidas
Y sueños
Un desgarró que pertenece a todas mis ancestras: esclavas, brujas, guerreras, campesinas, curanderas, matriarcas, niñas, madres, abuelas, de todas las hembras y mujeres.
Incluida la madre tierra.

Mi útero duele acompañado amorosamente.

Mi útero
Aún duele
pero
late con fuerza
Vitálico
Mi útero emana energía sagrada
En él confluyen
luchas que me anteceden
luchas que habito.
Mi útero gesta la poesía de la libertad.

Sol, 22 años, Paraná, Entre Ríos.

“No soy la misma”

Comenzaré con una pregunta: ¿alguna vez te sentiste frágil por ser mujer? Desde niña siempre me hice muchas preguntas, sentí vergüenza de ser mujer y miedo a que vean mi cuerpo. No fue fácil vencer mis miedos, mis pesares, llevan un profundo mar de silencios. Lloré por golpes de la vida, me sequé las lágrimas y seguí tal cual como lo hizo mi madre.

Un día observé un grupo de mujeres (socorristas), mujeres realmente fuertes, mujeres seguras, apoyándose las unas con las otras, luchando por nuestros derechos. Me detuve. Se detuvieron mis miedos y lloré y grité y sonreí. Y aquí estoy, soy parte de este grupo de mujeres que se sienten seguras y dueñas de decidir sobre su cuerpo. Solo puedo decir que, desde ese día, ya no soy la misma, algo en mí ha cambiado y puedo gritar libertad.

Daniela, 36 años, Córdoba capital, Córdoba.

Mirar de otra forma

Estoy muy agradecida, sentí un apoyo muy grande, seguridad.

Me sentí libre de poder expresar y elegir sobre mi cuerpo, mis propósitos en tiempo presente. Sentí, en todo momento, que fui cuidada; mi integridad física. Esa opresión de pensamientos negativos sobre mi decisión había desaparecido, aprendí a mirar de otra forma.

Siempre que pueda, me gustaría sumar mi granito de arena, para poder retribuir, así, lo que me brindaron, y para contar, desde mi experiencia, que no es algo malo, que nadie te va a juzgar por decidir sobre tu cuerpo, como así también, ayudar a fomentar la educación sexual.

Erica, 26 años, Córdoba capital, Córdoba.

Abrazada

Creo que la única vez que sentí angustia y desesperación durante este proceso fue cuando finalmente confirmé el embarazo que sospechaba (pese a dos Evatest de segunda marca negativos), un miércoles de marzo con mucho calor, en un laboratorio del pueblito donde trabajo. Debería haber estado de apenas cuatro semanas.

La bioquímica que me atendió, que no paraba de hablar y se movía rapidito, me dijo: ¡Re positivo! Y me felicitó. Mientras ella preparaba en un sobre el test para me lleve de recuerdo, me quedé ahí sentada en la silla, sosteniéndome el algodoncito del brazo y me largué a llorar. Cuando me vio, me preguntó si era lo que esperaba, y le dije que no, con la cabeza (aunque era lo que esperaba, pero no lo que quería. O no sabía lo que quería). Y ahí me abrazó fuerte e intentó consolarme, diciendo que "ahora capaz que no, pero después ya iba a ver qué lindo.." y recordándome lo afortunada que era, "habiendo tantas otras que no pueden...". Y a mí, por dentro, me iba invadiendo un poco la rabia al escuchar esos comentarios de una profesional de la salud, pero igualmente me reconfortaba el abrazo y la ternura de la señora. Así que también la abracé. Y, sin saberlo, el abrazo de esa desconocida se convirtió en un lujo antes del aislamiento social obligatorio.

A eso le siguió un viaje al exterior, que, claro, salió mal. A los días de llegar, se declaró en ese país el aislamiento social y, lo que en principio serían unas vacaciones de dos semanas, se convirtieron en un encierro obligatorio de casi veintiún días, con una amiga, en un departamento, varadas en otro país.

Con el correr de los días se reforzaba mi deseo de abortar y se sumaban más amigas a la distancia acompañando esta decisión. Seguirían las charlas y los primeros WhatsApps con socorristas: en el primer contacto con ella, recibí la seguridad y tranquilidad que me acompañarían durante todo el proceso. Después fue leer, preguntar, sacar cuentas, mucha incertidumbre y esperar.

Finalmente, volvimos. Y, otra vez, esperar. Dos semanas más de aislamiento total, esta vez sola, pero con el alivio de estar en casa. Entre volver de a poco a trabajar con el celu, tomarme la temperatura e informar a diario que no tenía fiebre y las llamadas y más llamadas, los catorce días pasaron volando. Recién en esos momentos pude percibir algunos pequeños cambios en mi cuerpo, que, hasta entonces, había tenido un comportamiento ejemplar: pese a la altura, las semanas que avanzaban y la incertidumbre, se la había bancado como una campeona, lo que me hacía confiar mucho más en que todo saldría bien.

Listo. Terminaba mi aislamiento y, la última noche del domingo antes de “volver”, no me podía dormir. Tenía que cumplir con obligaciones laborales y, nuevamente, esperar a que llegara el viernes —entrando ya en la semana once de gestación— para poder ir el fin de semana a lo de una amiga a realizar el procedimiento.

Lo siguiente fue un intercambio de mensajes avisando que estaba por iniciar la segunda etapa, tanto a las socorristas como a lxs que me acompañaban. Al principio fue casi una hora de dolor bastante intenso que, por supuesto, nunca había sentido antes; miedo a que lo que sentía no fuera “normal” y tuviera que terminar yendo al hospital; y, finalmente, después de un rato, un alivio tanto físico como emocional. Luego se repitió esta secuencia con menor intensidad, hasta producirse, finalmente, el aborto casi 48 horas después, sin ningún tipo de malestar ni dolor. Y ahí sí el alivio se sintió con todo.

Como la clandestinidad del aborto, opacaba un poco a la clandestinidad del encuentro que nos hizo romper forzosamente el distanciamiento social, me permití disfrutar impunemente de un tremendo sol en el patio, de compartir charlas “reales”, series, música, comida rica y algunos silencios también.

Decidí abortar. Me tocó hacerlo durante una pandemia, en aislamiento obligatorio; pero pocas veces me sentí tan abrazada.

Priscila, Neuquén capital, Neuquén.

Pasó todo todo

Hola chicas, mi nombre es Luciana y soy de Neuquén Capital. Hoy les vengo a contar la experiencia de mi aborto en cuarentena.

Me enteré de que estaba embarazada la segunda semana de abril, con mi pareja ya teníamos dudas, entonces me hice un test el 10 de abril por la mañana, era evidente que iba a dar positivo. La decisión ya estaba tomada, no íbamos a tenerlo, debido a que tenemos un niño chiquitito y no nos daba económicamente como para traer otro bebé al mundo. Entonces fue ahí cuando hablé con una amiga, que había pasado su experiencia un tiempito antes; ella me pasó el número de La Revuelta y yo me comuniqué con la línea pública.

No les voy a mentir, me moría del miedo, literal, mucho. Primero hablé por WhatsApp con una de las chicas durante todo el día y, al otro día, por la mañana, me dijo que me comunicara con ella, que llamara por teléfono. Ahí fue cuando llamé y creo que sentí paz. En cuanto escuché a esa chica, tremendo. Me hizo un par de preguntas, me hizo llenar por teléfono una ficha y me dijo que una de las chicas se iba a comunicar conmigo por la tarde, así que yo corté con ella.

A eso de las seis de la tarde se comunicó otra de las chicas conmigo y me dijo que me iba a llamar por teléfono para darme una charla. Se comunicó, me dio la charla y me saqué todas las dudas, con mucho miedo.

Cuando empecé todo era un sábado por la tarde, la verdad es que estaba muy nerviosa y fue bastante rápida mi experiencia. No sé cómo podría decirlo. Mi momento ahí fue bastante rápido, empecé con dolores bastante intensos pero soportables, largué bastante cantidad de coágulos, todo lo iba hablando con Florencia, que fue la chica que me acompañó. Le mandaba fotos si era necesario, me sacaba todas las dudas.

Hasta que largué el feto, lo reconocí automáticamente. Creo que nunca había sentido tanto alivio en el cuerpo. En cuanto pasó eso, pasaron los nervios, pasó el miedo, pasó el dolor, todo, todo. Auto-

máticamente todo pasó en cuanto yo largué el feto, todo se fue, todo junto, sentí paz y tranquilidad con mi cuerpo. Bueno, después comenzó el hecho de hacer reposo ese día, y todo fue bastante normal, los miedos siguieron las primeras 48 horas, pero después todo pasó.

Y acá estoy, ya a un mes, y estoy muy bien, estoy contenta. Estoy contenta porque me sentí muy acompañada y nada... mi pareja también me acompañó, fue muy incondicional.

Así que, chicas, no tengan miedo. Se van a sentir siempre acompañadas porque las pibas no te dejan sola.

Luciana, 21 años, Neuquén Capital, Neuquén.

Cuerpo y deseo

Nos hablamos...

Mi Ser te habló y vos respondiste sabiamente.

Mi útero, mi Cuerpo entero comprendió que no eras parte de mi Plan, de mi camino.

La decisión estaba tomada.

Me sentía acompañada por mujeres bellas y hermanadas. Sabía que me proponía a hacer lo correcto.

Pero fue tal la comunión entre mi deseo y mi cuerpo, que no hizo falta pasar por el proceso de usar medicación.

Lo tuve sola y espontáneamente.

Sentí, revisé, me asesoré y efectivamente mis ENTRAÑAS expulsaron lo NO DESEADO. ¡Cuánta certeza hubo!

Simplemente mágico, doloroso, transformador y sabio.

NIV, 39 años, Mar del Plata, Buenos Aires.

“Dormir tranquila”

Voy caminando a mi casa y cada vez hace más frío
Vengo de la casa de mi amiga la gorda
A veces la pienso como gitana
Esas bien brujas
La que usa vestidos y siempre tiene la pava y un porrito a mano
para la situación
Casi siempre hablamos de nuestros problemas como si fuéramos
empresarias
Hacemos negocios con nuestros placeres
En su mayoría nos va mal
Por eso todavía ninguna es rica
Ella es socorrista, y es quién me va a acompañar en mi aborto
Estamos otra vez acá
En su baño esta vez
“Amigas, me voy a hacer un test”, les dije
Me hice uno que dio negativo, pero este dolor de tetas ya lo conozco
Ese síntoma anoté de la vez anterior
Era el que me iba a arrastrar a ese baño, a ese test, que obvio, dio
positivo
Y ahí nomás empezamos
Vamos el jueves a hacerte la eco ¿sí? Pero lo vamos a solucionar,
se va a solucionar
Debo confesar que esta vez la dudé, que a veces me pensé con
unx bebx colgado de las tetas
Pero así, sin compa, en lo de mis viejxs, sin laburo, ¿cómo haría
para lidiar con todos los varios problemas que ya tengo y poder ser
objetiva y amorosa con alguien más?
Sí, ya sé...
Es posible, sí, pero bueno...
Están los traumas por ahí también

Leí que podía ser mi Quirón en escorpio ese
Bueno...
Llegó el día, es martes y elegí el 17 porque es mi número favorito,
y además antes tenía que intentar solucionar un percance amoroso
No pude, así que llegué al martes así, en lo de mi amiga, con mi bolsita
de agua caliente y una remera de esas grandes que me gustan tanto
Lo hicimos al mediodía, más tranquilas... Esta vez llegué bien de áni-
mos, pude comer bien, pocas nauseas (¡hurra!) y, sobre todo, segura
Mi amiga me esperaba con un buen guiso de albóndigas y una
Coca Cola para subir el azúcar
Arranqué el segundo paso y con eso empezó el frío, así que ahí
nomás me acosté con la bolsita de agua caliente
Dos, de hecho, para más placer (jiji) y un mantra de naturaleza que
hoy vuelvo a escuchar y me tranquiliza
Y así dormí...
Me desperté y ya empecé a sangrar
Está pasando...
La gor me sugiere una ducha caliente: "Te va a hacer bien el vapor
de la ducha"
Dejé que el agua me hiciera esa especie de bálsamo
Corriendo, me volví a acostar, para no cagarme de frío y, además,
volvieron las contracciones
Estamos bien, me dice Lu
Vomitó (me sentí muy bien haciéndolo, sentía que mi cuerpo le
mandaba una señal al comedido)
Me sentía bien a pesar de todo
Puse el mantra y me volví a dormir
Entonces ahí nomás, cuando me desperté
Fui directo al baño a ver y ¡plup!
-¡¡¡Luuuuuu!!!, le grité a la gorda, ¡vení, amiga, mirá! ¡Creo que es
eso, pero se me enganchó en la bombacha!
Aparece la gor con sus guantes, mete mano en la bombacha, y ahí
estaba el bicho ¡limpito el vago!

Entre risas, abrazos y unos ojos ahí medio cristalinos, nos abrazamos fuerte

"Ya está amiga, me confió la gorda, andá a descansar, que ya está".

Me volví caminando a casa, sabiendo que, después de medianoche, la cuarentena iba a empezar. Pero no importa... ya resolveré qué hacer con eso. Mientras tanto, hoy voy a poder dormir tranquila.

Lucía, 23 años, Necochea, Buenos Aires.



Acompañarnos, acuerparnos

“Les podía contar todo”

Soy de Córdoba capital y esta es mi historia. Todo empezó con una falla de la pastilla del día después. En cuanto supe que estaba embarazada, supe que no quería ser madre. Veintiún años recién cumplidos, la secundaria incompleta, con un laburo que, si no fuera por mis viejos, no llego a fin de mes. ¿Qué clase de vida le iba dar a un bebé si no podía mantenerme sola?

La decisión ya estaba tomada, quería abortar, pero... ¿cómo? No sabía nada de eso, ni a quién preguntar, ni de los riesgos, nada. Hablando con mi mejor amiga, me contó sobre ellas, las socorristas. Las únicas en quienes pude confiar 100%, a las que les podía contar todo: cómo me sentía, cómo estuve durante y después del aborto.

Por la cuarentena, lo tuve que hacer sola en mi departamento; estaba mi hermana, pero ella no sabía nada y, del otro lado del celular, estaba esta persona que me ayudó y estuvo presente en todo momento, con un mensaje, una videollamada, todo el tiempo haciéndome llegar su compañía.

Desde el principio me apoyaron, desde el principio me dijeron “no estás sola”, eso fue un abrazo al corazón. Me hicieron sentir protegida y contenida. Me informaron, me ayudaron, siento que sin ellas hubie-

ra sido imposible. Sé que somos muchas las que estamos en esta situación, que se hace más difícil en cuarentena. Pero no estamos solas.

Anabela, 21 años, Córdoba capital, Córdoba.

Decidir no está mal

A mí me salvó la empatía, la mujer amiga.

Me salvó la palmada en la mano para que me tranquilizara, el mensaje de aliento.

Me salvaron las pibas, hasta la que menos pensaba.

Y, de repente, te das cuenta de que todo puede ser mejor, de que la empatía cruza fronteras, cruza prejuicios, cruza clase, cruza machismo, cruza adversidades.

Te das cuenta de que no hay juicio que valga, de que tu decisión y tu derecho están primero. Que todo pasa, sana y te fortalece.

Te das cuenta de que no estás sola, aprendes a respetarte ante todo y a eliminar toda imposición.

Desear no está mal, decidir y sentir tampoco.

Macarena, 27 años, Colegiales, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

“Comí muchas aceitunas”

Soy Socorrista y también soy trabajadora de la salud. A principios de marzo, un poquito después de que se declarara la pandemia y de que explotara el trabajo y el estrés en el hospital, empecé con síntomas: primero las tetas me explotaban y, una noche, quise comer una aceituna y casi vomito del asco (¡con lo que amo las aceitunas!), tenía sueño todo el tiempo y las energías solo me alcanzaban para volver a casa y dormir siestas.

Del embarazo no deseado y del plan de aborto, aparte de varias de mis compañeras del socorro, sabían mi compañero, un par de amigas del hospital, mi hermanamiga y algunas otras amigas que están lejos (no solo nos separaba la cuarentena, sino la distancia real de kilómetros).

La red internacional de feministas y mi pase de trabajadora de la salud me permitieron encontrarme con una hermosa persona que me iba a dar toda la información y el amor que necesitaba después de recorrer toda la ciudad vacía. Una compañera enorme y gran maestra del feminismo socorrista me dijo “yo te acompaño”, y mi alma descansó.

Las chicas me ayudaron a acomodar mis guardias para que me quedara libre el fin de semana largo de Semana Chanta (si no nos podemos juntar en plenaria, ¡abortemos acompañadas de amigas!). Leímos el folleto con mi compañero, le tocó encargarse de tener provisiones para que yo pudiese comer cosas ricas después, de buscar la bolsita de semillas calientes y el ungüento de lavanda para que estuviera todo a mano. Planeamos que, si pasaba alguna alarma, llamaba a una de mis amigas del hospi, y calculé cuándo empezar y hacer cada paso para tener tiempo para descansar y recuperarme bien antes de volver al hospital y su estresante rutina.

El jueves a la mañana pusimos el despertador, nos levantamos, desayunamos unas tostadas con manteca, inflé el colchón inflable al lado del calefactor y enfrente del baño (es estratégica la casa chiqui-

ta), a las 9:30 me tomé un ibuprofeno y, a las 11:00, seguí con la medicación para abortar.

Con mi cuerpo nos conocemos, hace no mucho. Cuando pasaron veinticinco minutos del miso abajo de la lengua, que ya se había disuelto, vomité todas las tostadas y empezaron los dolores. En media hora había expulsado, justo cuando empezó a sonar Norah Jones. Mi compañero limpió todo el baño. Le escribí a mi socorrista (amora) “ya está, expulsé” y me dormí. Cuando me desperté, a las dos horas, tenía mensajes de las chicas que sabían con fecha mi plan de acción y también tenía mensaje de mi hermana y de mi amiga que se fue a vivir lejos (que no sabían que esa mañana iba a hacer el aborto), diciéndome cosas de amor y preguntándome cómo estaba. Respondí los mensajes, comí un sanguchito, un turrón, y me volví a dormir hasta que el guiso de lentejas estuvo hecho.

Ser socorrista es una profesión hermosa; que me acompañe una amiga socorrista, me llenó de amor. Extraño tanto abrazarlas y que nos encontremos y compartamos tecitos y mates en las reuniones.

El feminismo socorrista nos acompaña siempre, pero siempre.

La noche siguiente, comí muchas aceitunas.

Juana, 32 años, Comarca Andina, Río Negro-Chubut.

Estar acompañada

Quiero compartir mi caso. Tuve un embarazo de cinco semanas y no sabía a quién recurrir, ni cómo hacer para poder solucionar mi tema.

Averiguando en internet, entré por redes sociales al grupo socorrista. Me comuniqué con una de ellas, me dieron la solución, las herramientas y, sobre todo, tuve un gran acompañamiento en parte de ellas en todo momento.

Responsabilidad, discreción, claridad en cada palabra que decían.

¡Rescato mucho el apoyo de las chicas en todo momento! En mi caso, no sufrí dolor en ningún momento, respeté las indicaciones que me dieron y, hoy por hoy, ¡les agradezco mucho!

Es un gran equipo, sin duda. No duden en recurrir a ellas.

¡GRACIAS!

Rocío, 35 años, Ayacucho, Buenos Aires.

“Esa revolución”

Estaba embarazada de pocas semanas. En esas semanas estuve desorientada en todo sentido, sin saber qué hacer, con muchas preguntas a mí misma, ya que era un embarazo no deseado. Pero, al mismo tiempo, estuve muy acompañada por mi familia y mi novio. Llegué a la página de mujeres “Socorristas en Red”. Me comuniqué con una de las tantas chicas de esa revolución. Me orientaron en todo, me ayudaron en todo, sacaban todas mis dudas, las que se me cruzaban en la cabeza (en ese momento, tenía miles). En la comunicación que tuve, me brindaron información de cómo iba a ser todo de ahí en adelante, qué podía pasar y qué no. Durante el procedimiento, me brindaban seguridad, tiempo y dedicación. Todo el tiempo me sentí acompañada, desde el día uno hasta ahora, porque siempre había un mensajito preguntándome cómo iba, si estaba bien y demás cosas. Eso hace que todo vaya mucho mejor. Me dieron mucha tranquilidad, a todas mis dudas le encontrábamos una respuesta.

Estefanía, 21 años, Castelar Sur, Buenos Aires.

“Gozo de buena salud”

Tengo treinta y siete años. Me tocó tomar la decisión de abortar en situación de pandemia.

Fue un momento difícil, ya que no entendía bien la situación. Y tampoco conocía lo que era abortar, ni la existencia de agrupaciones tan responsables, como las que tuve la suerte de conocer.

Pasé por varias situaciones de preocupación, por si me llegaba el momento de hacerlo o no. Por suerte, conocí a las socorristas, que me supieron guiar de manera profesional y emocional. Y bueno, tuve la suerte de poder lograrlo y saber que todo estaba bien y actuar con responsabilidad. Y sentirme acompañada, con gente idónea en el tema. Si bien tuve que esperar un par de semanas, esos días fueron tediosos y preocupantes, ahora que lo veo de lejos, fue seguro y me sentí acompañada en este momento difícil.

Bueno, y ahora tengo el agrado de decir que gozo de buena salud, que estoy bien, y que quedó en el pasado ese momento difícil que pasé, y que me siento muy agradecida de haber conocido a esta agrupación que se maneja de manera profesional, auténtica y con empatía.

Andrea, 37 años, Bahía Blanca, Buenos Aires.

“Tuve mucho miedo por mis dos hijos”

Soy Ana, tengo veintiún años y dos hijos: de cuatro y un año.

Contaré mi experiencia de aborto en cuarentena. Me enteré de mi embarazo luego de tener un atraso; esto no era algo normal en mí. Ante eso no dudé en contactarme con las socorristas; en otra ocasión ya me habían acompañado. Ellas me explicaron paso a paso qué debía hacer a raíz de la cuarentena, me contaron también que se habían comenzado a garantizar las ILE y podía solicitar el aborto con misoprostol en el sistema de salud. Esta vez me tuve que exponer a un legrado, ya que no había podido expulsar todo mi saco.

Desde el día uno me sentí muy contenida por ellas al contarles por qué había tomado la decisión. Luego de sufrir violencia de parte de mi expareja, al querer obligarme a tener relaciones sin protección; y violencia ginecológica, ya que, en varias ocasiones, me quise hacer una ligadura, que me negaron “por ser joven”. Tuve mucho miedo por mis dos hijos, por si algo salía mal, pero tuve mucho apoyo de las chicas en que todo saldría bien, y así fue.

No duden en contactarse con ellas, si pasan por algún caso similar al mío, ellas te pueden ayudar.

Ana, 21 años, Puerto Deseado, Santa Cruz.

“Nuestras abuelas también abortaban”

Tengo veintiocho años y aborté en cuarentena. Muchos miedos andaban dando vueltas, ya que era la primera vez que lo hacía y, como el cuerpo de cada una es único, no sabía qué podría llegar a sentir. Había intentado abortar con plantas amigas, pero esta vez no habían funcionado en mí sus propiedades. Es por eso que una bella mujer me compartió el contacto de las socorristas de la ciudad más cercana. Funciona tan hermosamente bien esta red que inmediatamente actuaron con pronta y efectiva ayuda.

Viajé a la ciudad para acudir al hospital y allí surgió un inconveniente: tenía que realizar el procedimiento en casa ajena, lo cual implicaba que no iba a estar tranquila para vivenciar algo tan íntimo y que, además, era nuevo. ¡Una mezcla tremenda de sensaciones! Cuando conocí en persona a una de las socorristas, me ofreció el espacio de su hogar para llevar adelante el procedimiento. Tan cuidadoso y con tanto amor fue el proceso antes, durante y después, que se sintió como un gran abrazo sororo (que, por suerte, lo hubo).

El agradecimiento es eterno, no solo por mí, sino por todas aquellas que, por miles de razones, deciden tomar esta decisión que involucra directamente a nuestros cuerpos, ya que del otro lado existe esta hermana red que nos contiene y acompaña en algo que nuestras ancestas tomaban como parte de su ciclo de fémina —porque nuestras abuelas también abortaban— y que la sociedad condenatoria y moralista liderada por la iglesia abomina y sigue quemando en sus hogueras posmodernas.

Elisabet, 28 años, Chubut.

Tuve sueño

Al principio, estaba llena de miedos, de nervios, de incertidumbres, no sabía qué iba a pasar. A mi socorrista la cansé a mensajes y, bueno, gracias a Dios ella estuvo siempre, en todo momento y estoy eternamente agradecida.

Mi experiencia fue de lo más tranquila, no tuve dolores para nada, lo único que tuve fue sueño, me acosté a dormir y, cuando me levanté, ya habían empezado a hacer efecto estos medicamentos. Fue todo muy rápido, muy normal. Estaba de pocas semanas, creo que estaba más o menos en la semana quinta o sexta de embarazo. Mientras antes es el proceso, creo que es mejor y más efectivo. Bueno, en realidad se nota que es efectivo, yo diría que un 99% porque no es la primera vez que me hago esto y he tenido que pasar por métodos quirúrgicos bastante traumáticos.

Pero bueno, en fin, me fue bastante bien. No tuve fiebre, no tuve vómitos, no tuve ninguno de los síntomas que eran esperables.

Les agradezco mucho a mis socorristas por estar pendientes. Pendientes de mí en todo momento preguntándome cómo me iba. Y bueno, yo diría que este método de aborto con misoprostol es muy efectivo. La verdad es que yo no pensé que me iba a resultar y fue eficaz y lo menos traumático posible. Hice todo por boca; me los puse en la boca directamente, no fue nada vaginal. Así que fue muy muy tranquilo lo mío, fue como una menstruación normal.

Bueno, ahí está, esa fue mi experiencia, y nada, espero que les vaya bien y que, si están decididas a hacer eso, que no esperen a que pase mucho tiempo; mientras antes, mejor.

Un abrazo.

Nadia, 31 años, Saldán, Córdoba.

Estar cerca

Cuando quedé embarazada estaba muy feliz, deseaba ser madre y esperé ese momento por muchos años.

Estaba en pareja e íbamos a ser padres, fue una hermosa noticia.

Todo cambió a partir de los tres meses...

Tuve que tomar la decisión de interrumpir mi embarazo porque, luego de la TN plus, los médicos diagnosticaron que mi embarazo venía muy complicado, con malas y significativas alteraciones de formación y era muy difícil que llegara a término y, en caso de llegar a término, el bebé solo podía llegar a vivir pocas horas después de su nacimiento.

Los mismos médicos sugerían interrupción, pero, a la vez, no podían acompañar una internación para esto. Te orientaban solo con la posibilidad de que tomaras misoprostol y luego fueras a una guardia.

Llena de miedos, tristeza y angustia, porque jamás imaginé que podía atravesar una situación de esta magnitud, y mucho menos tomar esa decisión, me hablaron de socorristas.

Me comuniqué y enseguida se pusieron en contacto conmigo. Su modalidad, la forma en que me escucharon, empatizaron y me orientaron fue una luz en el camino.

Ellas, además, me orientaron para poder comunicarme con líneas públicas del Gobierno de la Ciudad para poder llevar adelante una ILE y recibir más ayuda y orientación.

Me orientaron con la toma del medicamento (misoprostol), me indicaron cómo hacerla, en qué horario, distintas estrategias para sobrellevar el momento, incluso la sugerencia de los medicamentos que podían aminorar el malestar.

Ese día me acompañaron, desde el inicio, de forma telefónica y vía WhatsApp, a lo largo de todo el proceso; me orientaron en qué momento dirigirme a una guardia, incluso mientras estaba internada también continuaron en constante comunicación.

Si tuviera que describir lo que sentí durante ese tiempo en que se desencadenó toda la situación, fue un gran acompañamiento, calidez y una hermosa sensación de compañía frente a tanta tristeza y angustia.

Todo salió bien. Incluso se volvieron a comunicar días posteriores para saber cómo estaba.

No le deseo a nadie atravesar por esta situación, pero, lamentablemente, a veces la vida nos lleva a tener que enfrentarlas. En caso de llegar a tener que hacerlo, las Socorristas son una guía, una luz entre tanta oscuridad.

No hay más que palabras de agradecimiento. Gracias infinitas.

Noelia, 32 años, Vicente López, Buenos Aires.

“Parecían mis amigas”

El miércoles veintidós de abril fui a la ginecóloga por dolores que tenía cuando “menstruaba”, me dio una orden para hacerme una ecografía ginecológica. Pedí un turno para el viernes de esa misma semana y, cuando fui, ese viernes 24 de abril, me enteré de que estaba embarazada. Me largué a llorar con la ecógrafa, que me contuvo hasta que salí.

Cuando salí, seguía llorando. Les dije a mi hermana y a mi mamá. Llegué a mi casa y seguí llorando —porque pensé que iba a tener que seguir con un embarazo que no deseaba— hasta las tres de la tarde, que me quedé dormida.

Cuando me desperté, a las cinco de la tarde, me pude comunicar con las socorristas y me dieron una opción que no creí que tenía. Me pasaron el contacto de Natalia, en quien confié desde el principio, porque me dio la información que necesitaba y me contó cómo iba a ser el acompañamiento. En ningún momento me sentí juzgada, me sentí acompañada hasta hoy, 20 de mayo (post proceso).

Me contacté con Natalia, quien estuvo en todo momento, a cualquier hora, mediante llamadas y mensajes de WhatsApp. En ningún momento me sentí sola, ya que tenía el apoyo de mi familia y me sentía acompañada por Nati. A la semana siguiente, me pasó que no sabía que si quería hacerlo, porque no quería que mi hermana mayor, que se llama Nayla, tuviera que estar mientras yo abortaba. Ella me apoyaba con la decisión que había tomado, pero yo no quería que ella no tuviera opción de irse de la casa si quería. Natalia me dio otra opción para que yo pudiera seguir adelante con mi decisión: estar conmigo.

La semana del 26 de abril conocí a Jazmín, que también me acompañó en todo momento de manera virtual y durante el proceso. El 3 de mayo las conocí personalmente, dos personas hermosas que recuerdo con mucho cariño, que me acompañaron como si me conocieran de toda la vida, que me hablaban de todo menos del motivo por

el cual nos habíamos reunido; lo más loco es que parecían mis amigas y recién nos estábamos conociendo.

Pasé todo el día y la noche con ellxs acompañándome en todo momento, dormí con Nati y me sentía cómoda con las dos, ambas me cuidaron, respetaron y acompañaron, en ningún momento me dejaron sola. Siempre voy a estar agradecida con las dos y orgullosa por haber tomado la decisión que tomé. Las recuerdo y se me caen las lágrimas de alegría, porque gracias a las dos personas maravillosas que conocí, cumplí mi decisión y estoy orgullosa de la decisión que tomé.

MUCHISIMAS GRACIAS, SOCORRISTAS.

MUCHAS MILES DE GRACIAS A NATI Y JAZ.

Abril, 19 años, La Plata, Buenos Aires.

Gratitud

Mi nombre es Agustina, tengo dieciocho años, y hace unos meses me enteré de que estaba embarazada. La situación de pandemia en la que estamos hizo que mis miedos y dudas fuesen más fuertes e hicieron que no pudiera hablarlo con nadie...

Decidí, por varias razones, no seguir con ese embarazo, y tuve la suerte de haber tenido la posibilidad de comunicarme con las Soco. Y, aunque al principio me dio mucho miedo confiar en un desconocido, no pude tener mejor suerte que haberme chocado con ellas, quienes me brindaron más ayuda de la que necesitaba.

El proceso no es fácil, me dolió mucho física y sentimentalmente hacerlo, pero gracias a ellas hoy no siento tanta culpa, ni tampoco me vi obligada a un embarazo que no podía continuar.

Me ofrecieron ayuda de todo tipo, desde estar conmigo en el proceso, calmarme cuando estaba triste, y hasta alcanzarme algo rico para calmar la ansiedad del momento del proceso.

Todo eso a cambio de nada, solo por ser mujer y necesitar tanto de alguien.

Agustina, 18 años, Azul, Buenos Aires.

“La merienda más linda”

6 de abril. Esterilizo mi copa, me siento un poco extraña. Estoy por menstruar, yo que soy un reloj con mi ciclo y que desde que parí a mi segundo hijo, cansada de los métodos anticonceptivos invasivos y hasta dolorosos a los que accedemos las mujeres, decidí investigar sobre métodos anticonceptivos naturales y empecé a cuidarme con las fechas. Duró casi cuatro años, pudo haber sido un error de cálculos o quizás mi ciclo no fue regular...

Con el correr de los días comienza el cansancio constante, los pechos turgentes y sensibles, las náuseas, los vómitos a toda hora. Estoy embarazada, lo sé, no hay test, ni estudio, solo autoconocimiento. Entonces la duda... ¿Quiero ser madre nuevamente? ¡No quiero volver a parir! ¡No quiero volver a amamantar, ni dejar de dormir durante noches! Y así continuó...

Intento convencerme de que es solo sugestión y decido hacer el test de embarazo: confirmadísimo...

Demoro días en tomar la decisión. No sé cómo iniciar la charla, qué decir. Intento varias veces, el celular da ocupado, me tranquiliza un poco pensar que no soy la única que está atravesando esta situación... Vuelvo a probar y escucho una voz fresca y súper amorosa que se presenta e inicia la charla, como tirándome una soguita. Me explica que, por el contexto, no podrán verme, pero podrán guiarme con profesionales del hospital de Plottier.

En un primer momento pienso que es muy loco ir al hospital por una ILE. Después razono, en realidad es lo correcto, es lo que debería hacer cada una de nosotras cuando decide no continuar un embarazo no deseado... Además, pienso, si las Revueltas me sugieren esto, es porque conocen el funcionamiento. Después de una charla telefónica me empodero y decido ir al hospital.

Accedo a la medicación a la mañana, la ginecóloga insiste en que ella debe asegurarse que la primera dosis esté bien colocada, como si

no conociera mi cuerpo. Me someto a la decisión de las señoras doctoras. Mis pequeñines por la casa, jugando. Inicio mi aborto abrazada a mi hijo, leyéndole cuentos.

Siento un dolor muy fuerte, necesito una bruja amiga cerca y a mis hijos y pareja fuera de este momento. La socorrista es mi amiga del alma, está en casa, trae un arsenal de cosas para hacer de esta situación un momento agradable: almohadilla de lavanda que calienta en el horno a cada rato para darme calor y hacerme masajes, toallitas femeninas por si no compré las suficientes (hace años que no uso), aceites de Just, té de diversas hierbas y, por supuesto, unos riquísimos alfajorcitos de maicena. Ambas disfrutamos juntarnos y compartir sabores, ¡siempre fue así!

Tampoco olvida traer un libro de cuentos tradicionales para mi hijo más chico y el letra-manía para Lucía, que empezó primer grado y no hay manera de que se cope con las actividades que envía la seño...

Hubiera preferido que fuera a la noche, como lo habíamos planeado, para que les niños durmieran...

Transcurrió la tarde, compartí la merienda más linda, rica y reconfortante, como no pasaba hacía mucho tiempo. Me sentí viva, me sentí libre, me sentí empoderada y, sobre todo, me sentí acompañada y respetada...

Agustina, 32 años, Plottier, Neuquén.

4



Abortar en cuarentena

“No estaba sola”

El presidente anunciaba quince días más de aislamiento social, preventivo y obligatorio, y yo contaba los días para poder acceder al sistema de salud sin tantas restricciones —más de las que con normalidad funciona— para acceder a la ILE.

Pensar en lo que faltaba para poder interrumpir la gestación me hacía sentir cada vez más alienada de mi cuerpo, la sensación de tener algo que no quiero, de no sentirme UNA. Pasar por un proceso de aborto y decidir hacerlo te hace más fuerte. Convencida de lo que quiero y de lo que me hace bien, mantuve el contacto con las socorristas. Gracias al universo, en este proceso tuve gente que me acompañó: las pibas, amigas y compañeras; tener el contacto con la socorrista me generó mucha seguridad y tranquilidad al saber que esto iba a terminar y todo volvería a la “normalidad”.

Compartir virtualmente el acompañamiento de mi socorrista me hizo sentir que no estaba sola, que hay más pibas en esta situación que están siendo escuchadas y sostenidas del otro lado: saber que otra resigna parte de su vida y tiempo para facilitar el acceso a la interrupción es algo muy valioso, es sentir la hermandad y sororidad en la cuerpa.

M., 27 años, General Pico, La Pampa.

Horizonte gigante

Abortar es un derecho. Un proceso de escalofríos soportables. Una decisión difícil. Una priorización ambigua. Una aceptación de nuestra animalidad. El descubrimiento de las redes de socorristas. La imagen difusa de la militancia. La trompada de la realidad. El esquivo de los prejuicios, los consejos y las opiniones. La reivindicación de la mujer. La importancia de no quedarse sola, de buscar ayuda de inmediato.

Abortar en cuarentena es un recuerdo. Es el frío de la Patagonia, doblemente frío. La insistencia para tener el turno con el médico amigüe. Es colarse por el sistema de salud pública, que aún sostiene, a pesar de los embates y de la moralina. Es salir de casa sin hacer ruido para que la familia no se entere (y así evitar contar). Es luchar contra el patriarcado familiar. Es descubrir personas rebeldes y valientes, como las mujeres que eligen parir y esperan ser atendidas en la salita del barrio, o las que ayudan a otras mujeres a abortar, con el amor de una hermana que solo abraza y escucha. Es una amiga que te llama para darte tranquilidad. Es enterarte de que tu mejor amigo también pasó por esa situación, hace años, pero con un recorrido más largo para su compañera.

Abortar es la total imposibilidad de ser breve, justa y objetiva. Son todos los pliegues hechos nudo en la garganta, que se cortaron de repente y dieron lugar a algo nuevo. Un aire fresco y un horizonte gigante listo para habitar.

Mariana, 32 años, Cipolletti, Río Negro.

Abortamos, en plural

Yo aborté en cuarentena.

Me había decidido antes de que todo esto pasara, ya tenía mi fecha para el curso [en referencia al encuentro/taller presencial] y nos agarró la pandemia. Quedé muy asustada por no poder llegar a concretar lo que estaba necesitando, pero automáticamente recibí una llamada de parte de las chicas para que me quedara tranquila. Sacaron cuentas de mi tiempo y me dijeron que de alguna forma íbamos a solucionar mi situación. ELLAS TODO EL TIEMPO HABLANDO EN PLURAL, LLEVÁNDOSE MI SITUACIÓN COMO SI FUERA DE TODAS. Me dieron suma tranquilidad.

Coordiné día y horario, todo a mi comodidad, y la charla fue mediante videollamada; en la que me saqué absolutamente todas mis dudas. Comencé mi proceso sumamente acompañada y con éxito.

Si pensás que no es tu momento, hay personas como estas chicas que saben comprender sin juzgar y sin hacer interrogatorios, simplemente te dan una mano como si las conocieras de toda la vida. Yo, agradecida y a disposición en lo que pueda ayudarlas, como en su momento ellas lo hicieron por mí.

Romi, 32 años, Córdoba capital, Córdoba.

Estar juntas, también en cuarentena

Soy niñera y empleada doméstica.

El 2 de abril de este año ya estábamos en una cuarentena estricta, que me dejó sin trabajo por un mes y medio. Estaba con trece semanas aproximadamente de embarazo, no sabía qué hacer, no lo quería tener por temas económicos y de inseguridad mía. No sabía si pedir ayuda o no, porque era la segunda vez que decidía abortar.

Llena de vergüenza por ser una inconsciente, “¿cómo me va a pasar otra vez?”, me preguntaba. Pero pasó... Dudaba en hablar con las chicas que me ayudaron la primera vez. Por miedo a la respuesta, a que me dijeran que soy una boluda o algo parecido. Aun así, me animé a escribirles de nuevo porque estaba desesperada. Pensar en tener un hijo sin un trabajo estable, ni siquiera estar preparada para todo lo que significa traer a una persona al mundo y mil cosas que me pasaban por la mente.

En lugar de sentirme humillada, me sentí más contenida que nunca, como la primera vez, porque ellas son así de compañeras...

Después de una semana de charlas, más o menos, Camila me ofreció su acompañamiento. Yo decidí hacerlo en mi casa acompañada de mi pareja. Cami nunca me dejó sola, y le agradezco un montón. En el proceso, estábamos en contacto; a cada duda mía, ella respondía y, cuando tenía dolores, me contenía. Tardé todo un día en expulsar el feto; pensé que algo malo me iba a pasar, ya a lo último sentía que no podía más, pero le avisé que iba a hacer mi último esfuerzo y pude. Pobre piba, pensé, le jodí un domingo, con mensajes y audios. Ahí estuvo, ¡siempre conmigo! Desde la distancia, pero tan cerca... Creo que el trabajo que hacen es importantísimo porque con mi pareja, y sin su ayuda, todo hubiese sido más caótico.

Agradezco infinitamente su ayuda y me deja tranquila saber que acompañan a otras chicas, porque sé que van a poder confiar en ellas tanto como confío yo...

En cuarentena, las sentí conmigo a todas las Nanas Socorristas

Natalia, 27 años, Santa Fe.

Escenas

Por fin.

I

Seguí las instrucciones al pie de la letra. Cerré los ojos. Interiormente repetí: "por favor no, por favor no".

Momentos después, la mirada fija en la nada misma: ¡No puede ser! ¿Qué voy a hacer?

Trato de concentrarme. Tengo mucho por hacer. No lo logro. Los pensamientos me asaltan. Es una nube negra que me sigue por doquier.

La vida suspendida. Introspección, preocupación e incertidumbre. ¿Y ahora qué?

Me conozco. Estoy segura. Lo siento en cada parte de mi ser. No es mi momento. Así no quiero.

Tiempo de búsqueda. Entrar, cargar, leer una y otra vez.

El corazón late acelerado. La esperanza se hace presente en mis ojos: "El aborto insiste, aun en cuarentena..."

II

Me siento libre. Volví a ser yo.

Nadia, 23 años, Gregorio de Laferrere, Buenos Aires.

Antes, durante y después

Estamos todos en plena pandemia, en una alerta constante, todo por algo tan diminuto como un virus.

Y un día, mi mundo, mi pequeño mundo, se vio alertado también por algo tan diminuto como este virus, menos letal, pero igual de revolucionario...

Estaba embarazada.

Las posibilidades de repente eran infinitas y, por suerte, no estaba sola. Mi pareja estuvo conmigo todo el tiempo y así llegamos a Las Revueltas. Esas mujeres que vi tantas veces en las marchas caminando por nosotras. Por todas nosotras.

La llegada a Las Revueltas me contactó con una de esas mujeres que te dan ganas conocer y de tener en tu vida.

Pasamos horas hablando sobre lo que teníamos que hacer, sobre lo que podía y no podía pasar, diciéndome cómo cuidarme y cómo pasar el proceso lo mejor posible.

Me dijo lo que me podía pasar y lo que no. Hizo que me conectara conmigo misma y con lo que pasaba...

Miles de preguntas que ella contestó con un amor y una dedicación que, lo juro, sentí que estaba hablando con la hermana mayor que no tengo. Nos contuvo, nos acompañó, fue psicóloga, médica y amiga todo el tiempo.

En esta etapa mundial que estamos pasando, en esa etapa que nos tocó pasar, ella fue un respiro para ambos. Nos ayudó a pasar el proceso de forma natural, con mucha tranquilidad, sabiendo que ella estaba para nosotros.

Estuvo antes para mostrarnos el panorama; y durante para despejar dudas y acompañarnos de forma super amorosa. Cuando todo terminó, esperó con ansias la ecografía para estar seguras de que todo hubiera salido bien.

Y así fue.

Sin complicaciones, teniendo a alguien que velaba por mi cuidado y por nuestra decisión. Mi decisión.

Lo dije mil veces, pero hoy lo siento más que nunca. La maternidad será deseada o NO será.

Le agradezco infinitamente a Ella que estuvo para mí hasta altas horas de la noche. Que se hizo un tiempo en su vida para ayudar a una completa desconocida con tanto amor y sororidad. Necesitamos más mujeres como Ella.

Nos necesitamos entre todas.

Ámbar, 31 años, Quilmes, Buenos Aires.

Un baldazo de agua fría

Me llamo Nancy y aborté en cuarentena. Hoy voy a contar mi historia...

En marzo me enteré de que estaba embarazada por medio de un test; en ese momento tenía un novio, con quien hablé del asunto. Charlamos, llegamos a la decisión de que aún no podíamos ser padres y menos por error o accidente. Nosotros confiamos en el condón, pero nos falló, confiamos en la pastilla del día después y también nos falló...

Siempre estuve de acuerdo con la ley de aborto legal, seguro y gratuito. Al cumplir mis dieciocho fue como un baldazo de agua fría; me refiero a que nunca pensé que estaría en una situación así, o que iba a tener que decidir algo tan difícil, reflexionarlo y pensarlo bien.

En mi familia son todos religiosos y están "a favor de la vida". Jamás entenderán por qué tomé una decisión así, no podía contárselos por miedo a que me rechazaran o me juzgaran.

Todo pasó muy rápido, los días pasaban y con mi pareja nos preguntábamos cómo íbamos a hacer y más con la situación de la cuarentena. Como estaba metida en la lucha, también estaba en grupos de Facebook donde había muchas mujeres que pasaban información sobre cómo usar la miso, "trucos" como infusiones y cosas así. Justo en ese entonces muchas de ellas se quejaban que había muchas estafadoras que decían vender miso y las chicas desesperadas pagaban entre ocho y diez mil pesos, pero las pastillas nunca llegaban. Les pedí ayuda, información sobre cómo hacer por mi situación. Una chica, Mica se llama, me dijo que me contactara en Facebook con una socorrista de mi localidad, y me dio una guía de números de diferentes lugares del país. Busqué en Facebook y me puse en contacto con una de las socorristas. Luego me puse en contacto por WhatsApp y les conté cómo era mi situación.

Aunque ya tengo dieciocho años, mis padres desde siempre fueron muy estrictos y no puedo salir cuando quiero y donde quiero sin su permiso. Obviamente, no podía decir la verdad, así que mentí. Una

de ellas me escribió y me dijo que sería quien me acompañaría en todo el proceso, lo cual agradezco enormemente, ya que tenía mucho miedo. A pesar de lo mucho que busqué y me informé sobre cómo iba a ser el asunto, ese miedo aún estaba. La chica que me acompañaba me recomendó que fuera al hospital y que allí me harían una eco. Fui, me hice la eco y el doctor dijo que tal vez no eran necesarias las pastillas porque aún no se veía nada, que posiblemente fuera un embarazo anembrionario. La socorrista me explicó que es cuando hay un saco gestacional sin embrión y, en ese caso, a veces se produce un aborto espontáneo. Pasaron más días y yo buscaba otra nueva excusa para volver a hacerme una eco. En la siguiente eco sí se pudo ver que estaba de entre seis y siete semanas aproximadamente. Fue ahí cuando el doc me dio las miso y firmé un acuerdo de consentimiento.

Esa misma noche, hice el procedimiento. Fue a la noche para que mi familia no se enterara de nada. A las 21:00 me tomé el ibuprofeno y a las 22:00 comencé con las miso... Tenía miedo, pero sabía que era lo correcto. Además, tenía a la socorrista que me ayudaba y calmaba dándome información y consejos. Al ponerme las pastillas bajo la lengua pude sentir cómo se me adormecía la boca y después comencé con síntomas como chuchos de frío.

La verdad, fue una noche en la que casi no dormí. Cuando llegué al tercer paso comencé a expulsar todo, lo primero que saqué fue el saco gestacional, que no se deshacía con el agua. En medio del proceso, me dieron unas ganas increíbles de tomar mates dulces... jaja mis antojos, XD. Todo salió bien y, a eso de las seis de la mañana, expulsé dos coágulos.

Dormí un poco, sentía dolor, así que dormí lo que pude. A las 9:00 me tocaba otro ibuprofeno, lo tomé; y, a las doce del mediodía, me sentía como nueva. ¡Tenía energías y fuerzas! Así que estuve a full todo el día.

En los días siguientes, continué sangrando y tuve dolores como menstruales. Fui nuevamente a hacerme otra eco para corroborar que todo estuviera bien. El doctor dijo que había expulsado todo, pero

que sentía tanto dolor porque tenía un coágulo grande justo en el cuello uterino, que iba a costar que saliera y que me dolería mucho. Al día siguiente, largué un pequeño coágulo; pasaron dos o tres días y el sangrado se fue. La socorrista me dijo que saldría en mi próxima menstruación y aquí estoy esperando a que me venga, seguramente a finales del mes, como siempre.

En mi caso, la miso me funcionó y estoy feliz de eso. Luego, la socorrista que me acompañó en el proceso me hizo unas preguntas anónimas para la protocolo de acompañamiento. Es muy interesante saber el trabajo que se toman y la ayuda que brindan. Estoy muy contenta de haber podido recibir su ayuda y sé que acompañan a muchísimas mujeres en sus decisiones. Es importante respetar el cuerpo y la decisión de cada una de nosotras.

Nancy, 18 años, Radal, Chubut.

“Las sentí cerca”

Voy a contar mi experiencia al realizar una ILE por primera vez. Espero que esto sea de ayuda para quien lo necesite y para concientizar sobre la importancia de informarnos más sobre este tema.

Yo estoy al tanto de la ley y obviamente estoy a favor, pero no sabía, en concreto, que en mi provincia era legal una ILE. Pensaba que aún no. Todo empezó con un atraso, que se hacía cada vez más largo, y también con dolores estomacales, descompostura, etc. Jamás me imaginé que podría llegar a ser un embarazo, pensaba que era solamente estrés. Yo me cuidé siempre con pastillas anticonceptivas, pero, en ese momento, había dejado descansar el cuerpo y no las iba a tomar más por un tiempo, como te recomienda cualquier profesional de salud. A la hora de tener relaciones usamos preservativo, pero se rompió/pinchó. Yo no le di importancia en su momento porque hice cálculos y no estaba en mis días fértiles, entonces me confié.

Ahí arrancó todo, los días pasaban y no me bajaba la regla, tenía dolores menstruales, pero no había caso que bajara. Pasó un tiempo más y me digné a hacerme el test: me dio positivo enseguida. Desde el principio era algo que no esperaba y que, claramente, no deseaba: no tengo pareja estable, estoy estudiando, vivo con mi familia, entre otras cosas más. Entré en pánico en ese momento, pero nunca fue una opción tenerlo por las razones que di anteriormente.

Así que me puse en contacto con una amiga, para que me diera una mano con lo que me estaba pasando. Ella vive en Córdoba y está en contacto con las socorristas de allá, así que averiguó y me pasó el contacto enseguida para comunicarme con el grupo de socorristas de acá. Así que ese mismo día conocí a Rosa vía WhatsApp. Fue un amor desde el principio, en todo mi miedo, mi pánico y el no saber qué hacer, para dónde disparar, ella me escuchó, me entendió y me supo calmar. Me dijo que me iba a poner en contacto con dos socorristas

que me iban a acompañar como grupo durante todo este proceso. Y así fue, inmediato.

Al otro día me escribió Virginia, diciéndome quién era y que ella iba a ser una de las que me iba a acompañar durante mi ILE. Armaron un grupo y ahí conocí a Marimar también. A pesar de la pandemia, de la cuarentena, y de que no podíamos hablar más que por celular no fue impedimento de nada en ningún momento. Supieron ayudarme y de la mejor manera, me contuvieron en todo momento y siempre estuvieron en contacto conmigo; todos esos días las sentí cerca. Esto fue un día jueves; ellas me informaron sobre la médica que iba a atender mi caso, me pasaron su número para acordar un horario y, al otro día, ya tenía un turno con ella en el hospital. Fui a verla con una amiga porque no quería ir sola. Ahí conocí a Verónica, desde el principio también fue un amor conmigo, me escuchó, me explicó paso por paso todo lo que tenía que hacer y aclaró todas las dudas que tenía en ese momento. Esto fue un viernes, ahí mismo pidió la medicación para tenerla cuanto antes y me citó a un turno con el ecógrafo, para saber con exactitud de cuántas semanas estaba, y también con la psicóloga porque, por protocolo, te lo piden. Así que ese lunes a la mañana fui con la psicóloga, que también me escuchó y me acompañó. Y a la tarde tuve la ecografía, el médico ahí me confirmó que estaba de once semanas. Me dijo que estaba a tiempo de realizar la ILE con misoprostol. En ese momento, empecé a sentirme más tranquila con toda la situación, porque quería un procedimiento con misoprostol en casa y no con internación. Salí de la clínica y le comenté esto a la doctora y a las socorristas. Verónica, la doctora, me dio un turno para verla al otro día y me comentó que ya tenía la medicación para realizar el procedimiento. Así que ese martes fui a verla y ahí determinamos cómo iba a ser todo a la hora de llevar a cabo la ILE. Yo no quise hacerlo en mi casa, por cuestión de comodidad y porque no todos en mi familia sabían por lo que estaba pasando, pero una amiga, que es la que me acompañó en todo momento, me ofreció su casa para ha-

cerlo. Una vez que me organicé, quedamos en que lo iba a hacer esa misma tarde, por comodidad de horarios, básicamente.

Quiero recalcar lo importante que es tener a alguien en ese momento. No es algo fácil de vivir, es doloroso y necesitás a alguien que, aunque sea, te acompañe, ya sea para estar al lado tuyo, trayéndote agua, o lo que necesites. Ella estuvo en todo momento acompañándome. El procedimiento duró aproximadamente doce horas desde la primera puesta. Hice todo lo que me indicaron; como fue intravaginal, tuve que estar una hora con las piernas en alto hasta que se consumieran las pastillas. Las pérdidas empezaron desde la primera puesta, el dolor también. Al principio fue bastante soportable todo y las pérdidas eran pocas; a la segunda puesta, empecé a levantar un poco de fiebre y tenía escalofríos, era lo esperable (me tomé la temperatura en todo momento, en las tres puestas y cuando veía que mi temperatura aumentaba mucho, también). En la tercera puesta fue cuando empezó el dolor fuerte, la fiebre alta y el malestar intenso. Como a las tres horas de colocarme las pastillas fue cuando pude largar el saco del embrión. El dolor fue insoportable hasta ese momento, pero cuando ocurrió, como por arte de magia se fue todo el dolor, se bajó la fiebre y me sentía bien. Después seguí con pérdidas grandes dos horas más y ahí recién pude dormir hasta el otro día.

Ese fue todo mi procedimiento. Después de eso, hice un día de reposo, ya que no había dormido bien esa noche y demás, pero en cuanto a salud, me sentía bien. La ILE, como dije anteriormente, la realicé un martes; el jueves ya tenía un turno con Verónica, la doctora, para contarle como me había ido y cómo había vivido todo. El viernes ella ya me había sacado un turno con el médico para realizarme la última ecografía para ver cómo estaba en cuánto al útero y si se había generado la ILE con éxito, y ahí fue cuando me enteré que todo había salido bien. Por suerte, no tenía dolores, ni pérdidas grandes, y mi cuerpo había trabajado re bien. Seguí con pérdidas leves durante una semana y media aproximadamente, pero después mermó todo. Ob-

viamente esto lo realicé con el apoyo de las socorristas también, que estuvieron al tanto de todo desde el primer momento hasta el último.

Ahora me siento muy bien, estoy tranquila con mi decisión, que sé que fue lo mejor, y a nivel de salud también. No tengo secuelas de eso, mi cuerpo sigue funcionando correctamente y no tuve otros efectos secundarios. Hoy más que nunca entiendo el porqué de la ley, y por qué todas nos merecemos salir ilesas de esto, tener un trato digno y que el procedimiento no sea sinónimo de muerte, al contrario. Y también pude entender la importancia que tienen las socorristas en todo esto, el apoyo que te brindan y el acompañamiento es algo impagable. Espero que mi relato sirva para entender un poco más e informarse también. Y que el miedo quede lejos. Vamos a seguir luchando para que no haya *ni una menos* y que sea ley

Luciana, 24 años, Trevelin, Chubut.

“Gritarle al mundo”

Ya hace más de un mes que estamos experimentando subidas y bajadas emocionales, estados de ánimos especiales y todo tipo de sensaciones y pensamientos extraordinarios, ya que el trauma mundial es único y sin precedentes.

Y ahí estaban esas personas que me sostuvieron, me escucharon y me motivaron a seguir de pie. Esas personas fueron mi trébol de cuatro hojas, después de una dura búsqueda en mi jardín. Mi faro en la tempestad, mi lluvia en el desierto. La calma y el sosiego ante los horrores de la incertidumbre. Esas personas no lo saben, pero dan y dieron lo mejor de sí regalándome su tiempo.

En tiempo de cuarentena tuve la oportunidad de vivir una experiencia que nunca olvidaré. Que, aunque no quiera, aparece en mi mente sin pedir permiso cada vez que me siento en la mesa a comer; o al recostarme en mi fría y oscura habitación, que no ayuda mucho a la situación. O estando en el baño.

Por más aterrador que sea recordarlo, estoy segura de que fue la decisión correcta. Fue algo que estuvo conmigo durante la mitad de este tiempo, que cambió totalmente mi forma de ser; tanto física como emocionalmente, dejé de ser yo misma.

Y para vivir eso estuvieron conmigo las personas correctas. Nunca me voy arrepentir de lo que elegí, fue mi decisión, y mi intuición dice que es la más sabia y correcta que tomé en mi vida.

El día de hoy sé que volví a ser yo misma, pero ese momento en mi mente siempre estará, para recordarme que puedo caer y levantarme, que puedo elegir, que puedo vivir sin que me priven de decidir y que ahí, conmigo, estarán las personas correctas, las que yo decida que sean parte de mi vida.

No veo la hora de gritarle al mundo cómo fue mi experiencia y que yo hago lo que quiero con mi cuerpo, mi vida, mi espíritu y mi alma.

Keysi, 18 años, Córdoba capital, Córdoba.

Aliviar dolencias

Actualmente vivo en la ciudad de Centenario, provincia de Neuquén.

Soy mamá de un nene de cinco años, producto de un embarazo no planeado. A pesar de que con mi pareja decidimos darle todo nuestro amor, y del apoyo y el acompañamiento de toda nuestra familia, ser mamá fue, y es aún, un proceso muy difícil para mí, que cambió mi vida completamente; todos los sueños y proyectos que tenía en ese momento, cambiaron rotundamente. Además, mi experiencia de parto fue, sin exagerar, sumamente traumática, tanto por el dolor que sufrí, como por las condiciones en las que di a luz. En ese momento decidí que nunca más volvería a pasar por eso.

Hace unas semanas me enteré, a través de un test, de que estaba embarazada y decidí contactarme con las chicas de La Revuelta para que me informaran acerca del aborto. Me comentaron que, generalmente, ellas acompañan personalmente a las mujeres que deciden atravesar este proceso, pero, debido al aislamiento obligatorio, no están pudiendo hacerlo. Sin embargo, tienen una base de datos actualizada, con el contacto de todos los centros de salud que asisten en el proceso de aborto.

Así que me pasaron el teléfono del Hospital de Centenario para pedir un turno para ILE. Todo fue muy rápido, por suerte; me dieron turno para cuatro días después. La médica que me atendió fue súper atenta; me hizo hacer una eco para conocer las semanas exactas de embarazo, me consiguió una entrevista con una psicóloga y una trabajadora social, para completar un informe que acompañara el pedido de misoprostol, y me dio todas las indicaciones habidas y por haber. Además, me pidió que, después de realizar el aborto, volviera a verla para chequear que estuviera todo bien. Y, finalmente, me indicó un tratamiento con ergonovina, que es una medicación que ayuda a contraer el útero para terminar de eliminar los restos que pudieran haber quedado.

El acompañamiento que tuve por parte de las chicas de La Revuelta todo el tiempo (incluso en el mismo momento de realizar el aborto), que se hicieron sentir presentes, aunque no pudieran estar físicamente, y el hecho de poder contar con el apoyo del sistema de salud público a través de profesionales, fueron fundamentales para aliviar, de alguna manera, las dolencias físicas y psicológicas que puede generar un proceso así.

Hoy siento que hice lo correcto, todo gracias a las socorristas. Y confirmo que la maternidad debe ser deseada, ¡o no debe ser!

Laura, 30 años, Centenario, Neuquén.

Abortar en cuarentena

Pensé mucho qué decir o cómo contar lo que fue abortar en cuarentena. Y la mejor forma es relatarlo desde la cabeza y el corazón.

Me enteré de mi embarazo unas horas antes de que el presidente decretara la cuarentena obligatoria, el 19 de marzo de 2020. Sentí mucho miedo y mucha angustia. Lo único que pensaba era cómo iba a hacer. Sabía exactamente a quién acudir, pero mi cabeza iba a mil por hora. Sentí dolor de estómago y de cabeza.

Por esas cosas del universo (me gusta pensar) y una enorme casualidad de logística, se podría decir, esa misma noche tenía ya contacto con una de las revueltas socorristas. Al día de hoy no puedo creer la suerte que tuve, teniendo en cuenta el contexto. Se empezaba a cerrar todo, no se podía circular. "¿Cómo voy a hacer?", pensaba. Esa noche casi no dormí.

Al día siguiente, por teléfono y con un anotador en mano, hablé con la socorrista, que me explicó con detalle cómo era el procedimiento. Me sacó todas las dudas que tenía y más, no dejó lugar a que mi miedo y preocupación por desconocer todo sobre "cómo realizarme un aborto" me consumiera. Hablar con ella fue como un bálsamo para mis nervios, tengo la suerte de conocerla de la vida y yo sabía que así iba a ser. Mi tranquilidad aumentó, pude dormir bien.

Tenía apenas cuatro semanas de gestación y eso era muy positivo. Pensaba constantemente en eso, la suerte también de haberme enterado a tiempo. Ya con toda la información que necesitaba, solo tenía que decidir cuándo hacerlo.

Vivir sola era un problema en este contexto porque implicaba que una persona rompiera la cuarentena para estar conmigo el tiempo que durara el procedimiento, o que yo misma me trasladara para estar acompañada.

Luego de pensarlo bien entre amigas —quienes a la distancia y por teléfono estuvieron para contenerme, consolarme, preocupadas y ocupadas en mí, desde el momento en que entré a la farmacia por el test de embarazo y hasta que ya no había posibilidad de que algo saliera mal—,

coordinamos quién me asistiría y dónde lo haríamos (y las incluyo porque sin ellas este relato sería distinto. Son mi familia, son mi red y las amo, para siempre).

Mi socorrista estuvo a la distancia, vía WhatsApp, constantemente para mí, pendiente, transmitiéndome tranquilidad y seguridad.

El procedimiento es fácil, es rápido. Lo hice nerviosa pero segura. Con miedo, por desconocer qué tipo de dolor podría sentir, por no saber qué iba a pasar si tenía que ir a una guardia, pero convencida.

Hoy sé que es algo que no me voy a olvidar. Pienso que por más seguridad que una tenga al realizarse un aborto, el peso que la sociedad le agrega lo hace más grave de lo que es. Al día de hoy no dejo que la culpa se atreva a pasar por mi cabeza, porque gracias a la información que siempre estuvo a nuestro alcance, al menos en mi entorno, sé que el derecho a decidir sobre nuestros cuerpos no puede cargar un gramo de esa culpa con la que cierta porción de la sociedad se anima a señalarnos.

No me voy a olvidar jamás esos nervios, no me voy a olvidar ese dolor en el útero y tampoco la angustia de hacerlo en este contexto, como así también la mano cálida de la amiga que estuvo para mí.

Cada una de las cosas que pensé y viví desde que me enteré del embarazo hasta que ya no lo estuve más, solo reafirmó mi convicción de que las maternidades tienen que ser deseadas o no ser bajo ningún punto de vista. Que abortar debería ser legal para todas. Que la posibilidad que yo tuve tenemos que tenerla todas las personas gestantes a lo largo y a lo ancho de este mundo tan horrible.

Agradezco profundamente que, como mujeres, tengamos la posibilidad de tener el acompañamiento de las socorristas. Ese mundo, el que aún hoy sigue siendo demasiado cruel con las mujeres, es un poco más justo gracias a mujeres como ellas. A ellas, les voy a deber siempre esta tranquilidad que me invade de saber que hice lo correcto y de que pude decidir.

Verónica, 30 años, Neuquén capital, Neuquén.



Apoderadxs: Que sea ley

“Tengo un futuro pensado”

¡Hola! Mi nombre es Azul, tengo diecisiete años y realicé un aborto en cuarentena.

Desde el primer momento en que me enteré de que estaba embarazada, ya sabía lo que quería (abortar) porque tengo un futuro pensado, que es seguir estudiando...

Al principio tenía mucho miedo y estaba muy asustada, ya que mis papás están a favor de las dos vidas. Pasaron unas semanas y me conecté con una chica que yo sabía que estaba a favor del mismo, le conté mi situación y ella me conectó con la socorrista de mi pueblo.

La socorrista fue quien me ayudó y me acompañó en todo este proceso, realmente una genia. Por suerte salió todo super bien, yo me siento excelente y lo mejor es que mis papás nunca se dieron cuenta.

Espero poder ayudarlas con este pequeño texto, traten de buscar personas que estén a favor y disimular lo más posible lo que les está pasando, siempre hay alguien con la cual se puede contar...

¡QUE SEA LEY!

Azul, 17 años, Aluminé, Neuquén.

“Retomé mi vida”

En el mes de abril, casi a fines, me enteré de mi embarazo. Por un momento sentí que todo se había ido a la mierda: los estudios, los viajes, mis planes... En fin. Fueron días de mucha confusión.

Pero decidí buscar ayuda, en vez de ahogarme en un mar de penas.

Sentí miedo... Sí, mucho. Estábamos en cuarentena. Pensé que iba a ser complicado y pensaba: “¿Por qué me tocó a mí?”. En fin.

Buscando y contactando pude llegar a hablar con las chicas de este gran grupo que está a favor de un aborto legal, seguro y gratuito. Me brindaron mucho apoyo, mucha seguridad. Me ayudaron a que mis días fueran más hermosos a pesar de la enorme tristeza que tenía.

Solo debo decir que me siento muy, pero muy agradecida por todo lo que hicieron por mí. Al momento de abortar, sentí que me moría del dolor (literal). Fueron días complicados: dolores, angustia, mucho sangrado, visitas al médico.

Ese fue mi caso, mi experiencia. Cada cual tiene o va a tener la propia. Pero acá estoy tomando unos mates, organizando mis cosas de la facultad. Retomé mi vida. Empecé terapia.

Y voy... siempre para adelante.

Solo me queda decirles que es su cuerpo, su decisión. ¡De nadie más! Ustedes deciden cuándo, cómo ser madres, en qué circunstancias; no duden en pedir ayuda. Siempre van a estar muy acompañadas, tanto psicológica como personalmente.

Nada más que decir. Solo que luchen por sus derechos como hijas, nietas, amigas, hermanas, madres, mujeres.

Ni una menos.

Alexia, 27 años, Aluminé, Neuquén.

“Seguir criando a mis hijos”

Soy mamá de tres hijos hermosos. Recurrí a socorristas no por un descuido, tomé todos los recaudos que una mujer de esta edad tiene “más que claros” y fallaron.

Nunca pensé que iba a abortar, aunque desde muy chica estuve a favor del aborto seguro y gratuito. Mi deseo no era volver a ser madre, quiero seguir criando a mis hijos.

Estoy trabajando como siempre lo hice, siempre fui una persona independiente. Yo tuve la suerte de que me acompañaron y esa persona no está a favor, pero no me juzgó.

Sí no tenés alguien que te acompañe, no importa, lo importante es que vos estés segura de tu decisión para seguir adelante. Las socorristas van a estar. Eternamente agradecida desde lo más profundo de mi corazón. ¡Aborto legal, seguro y gratuito!

Eli, 35 años, Bahía Blanca, Bs.As.

¡Mi “ni una menos” fueron uds!

Fuiste vos, que ni te conocía, y me diste más amor que nadie
Fue la palabra de que todo iba a estar bien
Fue el abrazo por WhatsApp en cuarentena que más sentí
Fue la red que, cuando no funcionó, estuvo y, cuando sí, también
Fue la luz que, en medio de mi oscuridad, me guió el camino y ahí las
vi a ellas siempre caminando conmigo: mis amigas, mi hermana.
Fueron la posibilidad de una oportunidad
Fueron los ovarios para mi deseo
Fueron la sangre que hay que derramar para regar y florecer
Fueron y son las que sostienen autoestimas detonadas, corazones ro-
tos y deseos latentes.
Son uds. las que hacen que haya menos cuerpos gestantes que pier-
den la vida por abortos clandestinos.
¡Mi camino se reescribe y uds. me dieron el lápiz y el papel, gracias!
¡Gracias por este aborto con amor, con contención y lleno de vida!

Noelia, 34 años, La Plata, Buenos Aires.

Yo decido cuándo ser madre

A lo largo de mi vida viví con muchas culpas, sentimientos y pensamientos patriarcales. Desde niña recuerdo que me decían “un bebé es una bendición”, “cuando seas madre vas a sentir una vida que crece en tu panza” y toda esas pavadas que la gente dice a lo largo de la vida sin detenerse a pensar.

Soy venezolana y hace tres años decidí venir a vivir a Argentina. En mi país el aborto no es legal y acá tampoco lo es. Soy sexualmente activa desde mis dieciséis años de edad y siempre me cuidé con preservativos. Mi madre (una mujer maravillosa que amo con toda mi alma a pesar de sus defectos) nunca me orientó porque es una víctima más de esta sociedad machista y es fiel al pensamiento de “las mujeres no pueden hablar ni aprender de sexo”. Sumado a eso, en la educación venezolana no existe la ESI (Educación Sexual Integral), así que no me quedó otra que aprender por internet y preguntarle a mi prima, que era bastante cercana a mí. Ahí fue donde adopté el método del condón.

Finalmente, cuando pude trabajar en blanco acá en Argentina, pude adquirir una obra social; pedí turno con un ginecólogo, que violó mis derechos: fui con la intención de pedirle que me recetara anticonceptivos y así ponerme el famoso implante en el brazo y él me hizo esperar hasta tener todos los resultados de mis estudios (ya que era su paciente por primera vez). Una vez obtenidos los resultados, se lavó las manos diciéndome que no podía tomar anticonceptivos porque sufro de hipotiroidismo y que necesitaba obligatoriamente la autorización de un endocrinólogo, que volviera a verlo una vez que ya la tuviera.

A lo largo de mi vida me funcionó bastante bien el preservativo, nunca tuve ningún percance, jamás había estado embarazada, hasta que un día, con veintitrés años de edad, el condón de mi pareja se rompió. Ambos nos dimos cuenta y decidió acompañarme a la far-

macia para comprar una pastilla del día después, que tomé minutos después de comprarla. Me quedé tranquila y confiada hasta que mi cuerpo empezó a darme señales: estuve un mes completo sin mi período (lo cual me parecía normal, ya que soy bastante irregular y no era la primera vez que esto me ocurría), pero sumado a eso, empecé a tener náuseas con bastante frecuencia, estuve vomitando día y noche por dos semanas. Así que decidí hacerme un test de embarazo y me dio positivo (mi corazón se paralizó y mis lágrimas cayeron); sin embargo, entré en negación y decidí ir a la guardia de mi obra social para descartar con un examen de sangre.

Tuve que esperar dos horas para que me dieran los resultados, las horas más largas e intensas de toda mi vida. Una vez que me lo entregaron, reafirmé que estaba embarazada. Recuerdo que me puse pálida y mis ojos estaban aguados, la médica de guardia enseguida notó mi miedo y angustia y me dijo: “es tu decisión, solo vos podés decidir si llevarlo adelante o no. Yo no te puedo ayudar, pero si buscás en Facebook hay muchos grupos de feministas que son muy cancheras y te pueden ayudar si así lo deseas”.

Ni bien llegué a mi casa busqué todas las páginas relacionadas al aborto acá en Argentina, pero no tuve buenos resultados. Di con dos páginas de clínicas clandestinas que me ofrecían realizarme un aborto con legrado por \$25.000 y \$30.000, ya que, según ellos, el misoprostol no funciona y además correría el riesgo de quedar con tejidos adentro. Otra de las páginas que contacté se trataba de una agrupación “pro-vida” que quería ofrecerme ayuda psicológica para convencerme de “tener a mi hijo”. Está más que claro que no cuento con esa cantidad de dinero y que no tenía ni el menor deseo de ser madre. Empecé a entrar en desesperación pensando que no tenía alternativa y consideré la opción de acabar con mi vida.

Me parece bastante cruel tener que ser madre a la fuerza, cuando no tenía ni el más mínimo deseo; sumado a eso, que no tengo la capacidad psicológica ni económica para mantener un niño, no quiero traer a un ser inocente a que sufra todo tipo de carencias, es algo in-

humano con lo que no iba a poder cargar por el resto de mi vida. Entrando en una depresión, mirando mis contactos de reojo, me acordé de una amiga mía venezolana activista de los derechos de la mujer y decidí preguntarle si podía ayudarme con este gran problema. En cuestión de minutos me contestó y me envió una foto con el número de teléfono de "Las Socorristas". Recuerdo sus palabras de aquel día: "quedate tranquila, ellas con mucho amor y empatía te van ayudar". Sentí que el alma me volvió al cuerpo, sentí que podía volver a respirar.

Al día siguiente decidí llamar al número que figuraba, el que pertenecía a la ciudad de La Plata. Me atendieron enseguida y me dieron con un número que pertenecía a Capital Federal, donde me atendió una chica muy buena onda, bastante humana, que me explicó todo el protocolo que debía realizar en cuarentena y que, curiosamente, le tocó ser mi acompañante (vía telefónica, si así lo deseaba). Según mi caso, decidió asignarme al CESAC N°15, ya que tienen experiencia en tratar con inmigrantes; me informó todos los pasos a seguir y me acompañó y asesoró de principio a fin. Una vez asignada mi cita, me tocó ir y me atendió la psicóloga, con toda la contención y paciencia del mundo. Seguido a eso, una médica de familia me dio la droga, me explicó detalladamente y me hizo firmar un consentimiento informado. La calidad humana del personal fue increíble. La verdad tuve mucho miedo de sufrir violencia médica nuevamente.

Llegó el día de usar la medicación, tuve mucho miedo, pero ya tenía una decisión tomada y no quería dar marcha atrás. Tuve a mi acompañante telefónica en todo momento, mi mayor temor era tener que ir a la guardia, pero no pasó a mayores; el proceso, en mi caso fue, bastante efectivo y seguro. Luego de eso, seguí con control médico mediante ecografías para ver cómo había resultado todo y, sinceramente, no tuve ningún problema. Finalmente, me ayudaron a encontrar un método anticonceptivo que resultó ser de mi agrado y que hoy estoy usando perfectamente.

Yendo al CESAC es donde descubrí la violencia médica que había sufrido por el ginecólogo, ya que el hipotiroidismo no es ningún im-

pedimento para tomar anticonceptivos, quizá si este médico hubiera respetado mis derechos y me hubiera recetado lo que le pedí, no hubiera llegado al borde de esta situación. No lo sufrí “por irresponsable”, lo sufrí porque mi método falló y es mucho más común de lo que se piensa. Decidí buscar un método más seguro, decidí llevar mi sexualidad con mayor responsabilidad y, aun así, me negaron el acceso.

Está claro que vivimos en una sociedad machista, hipócrita y patriarcal, que niega y viola nuestros derechos, porque la ESI, los anticonceptivos y el aborto son nuestros derechos y, en pleno 2020, aún siguen rompiendo todo lo que por ley nos pertenece. Nos siguen señalando y pretenden obligarnos a parir en una sociedad hipócrita que dice velar por el derecho a la vida, pero cuando un niño nace, enseguida le dan la espalda, lavándose las manos, diciendo que “no es su problema”, “que hubiéramos cerrado las piernas si no queríamos tener un hijo”.

Nos dicen que un feto puede llegar a ser bebé y es cierto, “puede”, pero también puede no llegar nunca a serlo. Estoy cansada de que me hicieran creer desde niña que un feto era una vida, que era una obra de Dios y que él así lo quiso, que solo él decide cuándo voy a ser madre. A la mierda con todo esto, al carajo el Estado y la religión, solamente yo decido cuándo quiero serlo: MI CUERPO, MI DECISIÓN.

Por suerte existen compañeras que siguen reivindicando nuestros derechos, aquellas que alzan la voz por las que ya no están, por las que no pudieron recibir ayuda a tiempo. No hay muertes registradas por usos de misoprostol, hay muertes registradas por violencia, abandono y abortos clandestinos. Esa es la verdad.

Las Socorristas salvaron mi vida, velaron por mi vida, sentí por primera vez que yo era más importante que un feto, que mi vida sí era valiosa para ellas. Una vez que pude estar con mi “amiga telefónica”, me sentí realmente acompañada, consolada y sin miedo alguno. No me va alcanzar la vida para agradecerles y, en definitiva, no sé qué hubiera sido de mí si no hubiera podido dar con ellas. Lo único que sé, y de lo que estoy segura, es que si alguna compañera necesita de mi

ayuda para abortar, yo voy a estar ahí incondicionalmente, así como ellas lo estuvieron para mí.

Yakelin, 23 años, Palermo, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Contame otro cuento

Mareos, náuseas... ¿Repulsión al mate?, ni el peor síntoma de gastritis ha logrado que desestime su ingesta. Recurrentes ganas de orinar a la madrugada, (pocas veces algo interrumpe mi sueño). Pechos sensibles, malestar generalizado, algo anda mal. ¡Y sí! El Covid-19 nos obligó a recluirnos en nuestras viviendas (para quienes tenemos la dicha de contar con un espacio y servicios básicos, se soporta).

Decidís ir a la farmacia. Te disponés a realizar un test. Esperás tres minutos y ves el signo (+). Inmediatamente pensás: “Falso positivo” ¡Imposible!, es el deseo que te lleva a creer que ese minúsculo aparato sufrió cualquier clase de desperfecto. Repetís el procedimiento “por las dudas” con un dispositivo digital de “alta precisión” (gasto innecesario), que indica “embarazada”. ¡Durísimo! La noticia no llega a conmoverte, se hace una pausa (una segunda, la primera parecía impuesta por el coronavirus).

Tomaste la pastilla del día después. Hace noches buceás por internet intentando entender por qué puede fallar. Repetiste hasta el cansancio que la píldora no es abortiva, pero cierta testarudez te autoconvenció de que si la tomás en tiempo y forma es 100% efectiva. ¡Pues no! Ahí está la prueba. Sucede; a lo largo de tu ciclo reproductivo, estadísticamente, existen altas probabilidades de que alguna vez te pase. Decidiste no tomar anticonceptivos después de hacerlo mucho tiempo, cansada de todo ese rollo, mejor el preservativo, se sale o se rompe ¡uno en un millón! Este capítulo quedará para un próximo cuento.

Por un instante, las voces y rostros de familiares, amigxs o público en general retumban en mi cabeza. Un hijo, un bebé es siempre una bendición. “¿Siempre? Contame otro cuento”. Tenés casi cuarenta años, no “tenés” hijos, es un buen “accidente” como para “convertirte” en madre. No te vas a quedar sola (como si tener un hijo te garantizara que te va a amar o cuidar en tu vejez). Te apoyo, pero (esa puta palabra que desdice lo anterior) pensalo, tomate tu tiempo... “Demasiado

romanticismo. Reflexiones demagógicas al margen". Si no querías ser madre, te hubieras cuidado con pastillas o DIU. Tenés estudios, obra social, no sos una ignorante, hacete cargo.... "Dedos acusadores y moralistas recalcitrantes abstenerse"... ¡Stop! Momento de resolver: ¿A quién llamo?

¿Y ahora? Las sentiste agitar en cada marcha, las escuchaste fundamentar en cada debate, participar de la campaña por la despenalización del aborto y palpar la votación. Las copiaste siguiendo alguna coreo callejera agitando sus pañuelos verdes. Fuiste testigo de sus múltiples escraches a imputados de violar, abusar, matar y denunciar a jueces cómplices. Incorrectas y contestatarias arremeten ante cada agravio "machirulesco". ¡Pensaste que nunca ibas a acudir a ellas!, estás informada, tus cálculos nunca fallan (charlatanería)... pecaste de soberbia. No se te ocurre otra opción. Hace semanas, la imagen en Facebook aparece como anticipándose a tu pedido, como una especie de alerta que te recuerda que ellxs están incansablemente acompañando. Como una burla o capricho del "destino", hacía poco más de un mes comunicaron que se fue de gira una de sus fundadoras, quien hubiera acudido a tu llamada, fiel a sus convicciones. Hasta la podés imaginar con la mirada penetrante que la distinguía y su tono de voz afirmando "mira, pichona...".

La conocí cuando la muerte irrumpió mi vida tan intempestivamente como esta noticia. De pocas palabras y armas tomar. Capítulo aparte... en su andar contagió a muchas y las invitó a embarcarse en una lucha colectiva que nunca detuvo su marcha. La "patrulla" se despliega de oeste a este, bajo y alto de la ciudad. Llamás llena de ansiedad pensando que, tal vez, demoren en responder, cinco tonos de espera y una voz suave te habla desde el otro lado. Insistís porque te urge saber si se consigue misoprostol. Te tranquilizás, te van llamar. Por un minuto dudás, te invaden tus ansiedades y maldecís sentir que tenés que pedir permiso o no poder salir corriendo a la farmacia a conseguir la pasti... Decidís esperar y confiar, la socorrista asignada se va a comunicar.

Suena el celu, mensaje de WhatsApp, videollamada (confinamiento mediante), te envían un folleto titulado “kit”, breve y conciso que no deja ningún dato librado a temerosas interpretaciones. “Esto te puede pasar”, nada de reproches, más allá de las circunstancias, no se te interroga, “esta es una opción, si la tomás, acá estamos”. Nunca lo dudé. Nada de dramatismo berreta ni de frases al compás de un “sí se puede” despolitizado. Lejos de apelar a enunciados de autoayuda que te “soban” o alimentan tu narcisismo para tomar coraje e iniciar la travesía, te hablan afectuosamente, pero con firmeza (es una la socorrista que te escolta, pero habla respaldada por todas). No se trata de un acto heroico ni vergonzoso. Ni heroínas ni avergonzadas. Respuestas simples, cortas, cualquier tono que roce el melodrama o la tragedia pareciera quedar terminantemente prohibido. Se agradece esa cautela. Palabras moderadas, que detallan de manera precisa los síntomas que puede experimentar tu cuerpo. Te indican los pasos a seguir... siempre hay una luz en el camino... ¡Córtala! ¡Acabás de decir que nada de idolatrar técnicas de resiliencia para perdonarte e invocar al universo a ver si se digna a atraer la tan anhelada y gloriosa felicidad! (no es una revelación o metáfora para que este cuento suene bonito, esa luz forma parte de la patrulla, pone el cuerpo, su tiempo, se compromete).

Y, cuando las circunstancias apremian, de tu grupo de amigas, elegís arbitrariamente a aquella que sabés que no emite opiniones inoportunas. ¡Linda tarea asignada para la cuarentena! ¡Las amigas siempre te bancan! Claro que, mientras, también apremia el tiempo. Paradójicamente, las horas del día en el encierro se entelencen. Mi amiga, sin titubear, me dice: “Bueno, me voy a tu casa”. Respondo: “Puedo sola”. El verso de los controles policiales, la distancia. Ella: “No, no podés sola. Mejor dicho, no es bueno estar sola”. La pandemia resultó ser una aliada para evitar un decálogo de excusas en el laburo, entre otras. Primera etapa en marcha. Tenés un sangrado ¡te agarró cagazzssso! Encima estás conectada a una reunión laboral. ¡Pluf, palmó internet, recursos de la cuarentena! Consultás a tu socorrista e inmediatamente obtenés su repuesta: “A esperar, tu cuerpo se prepara”.

Jueves santo: la vida siempre te da revancha para sentirte un poquito más hereje. Así inicia la charla con su llegada. Desayunamos juntas, sale la segunda etapa, “la chiquitolina” (cuatro pastillas diminutas de misoprostol) inician su efecto en el cuerpo. ¡Dijiste que no es una historia de superhéroes! ¡Ponele, pero El Chapulín Colorado lograba —sin renunciar a su torpeza— anteponerse a las dificultades! Los escalofríos no me impiden escuchar a mi amiga, trabajamos un rato, me lee algo, diseñamos unas actividades, corro al baño, me acuesto, me tapo. A la hora, me da hambre: me como una manzana. A las tres horas voy al baño. No quiero resultar escatológica, pero mientras se desprende lentamente el saco gestacional, siento un profundo alivio, ese gesto expulsivo podría igualarse a la intransferible sensación de bienestar luego de evacuar (defecar, tenía que decirlo). Imagínate, ¿"ir de cuerpo" le dicen? Después de aguantar en el bondi camino a tu casa un buen rato las ganas de... después de una jornada intensa... más si los baños públicos —como en tu caso— inhiben la cosa. Salgo a los diez minutos y pronuncio las palabras mágicas: “ya está, parece que la chiquitolina funcionó” ¿tan rápido? Creo que mi amiga piensa que estoy errada, pero asiente con la cabeza; sería impertinente contradecirme a esta altura. Por las dudas, saco foto. A las dos horas vuelvo al baño: elimino cuatro coágulos, la cantidad que estaba dibujada en el folleto. Para alguien tan previsoras como quien les habla, (salvo por la noticia que da inicio a este cuento) hay que cerciorarse de hacer las cosas bien: los cuento, los miro, vuelvo a sacar fotos (¡la selfie me pareció mucho! ¡Está bien que en cuarentena la gente registra y divulga todo...!) y sentí un profundo placer. Confieso que cada dibujo y detalle de ese folleto me permitieron llevar adelante el proceso de manera segura. Pienso en la importancia de ese material confeccionado por la patrulla. Anticiparse es bueno —me repetía— haciendo gala de mi insistente afán de previsión al que algunas veces traiciono.

Contame otro cuento: ¿tengo que llorar o angustiarme?, ¿arrepentirme?, ¿desgarrarme de dolor?, nada de eso. Cenamos, tengo hambre, buen síntoma —pensé— para alguien que disfruta el morfi

como yo. Instantáneamente, me invade un sueño pesado, mi amiga pone una película pedorra (que, casualmente, relata, en tono de comedia, los periplos de una madre agobiada por la rutina doméstica), nos reímos, me duermo refugiada y custodiada por su compañía. Aún desconozco si a ella le costó un poco más conciliar el sueño. Amanece, siempre amanece, y, casi en un acto impulsivo, abro el cajón de la mesa de luz, miro el test digital: “se borró”. Lo tiramos a la basura. Nos reímos. Mi amiga dice: “Soñé que era tu cumpleaños, pero es 10 de abril ¡imposible!”. Almorzamos, descorchamos un vino y celebramos la amistad entre carcajadas cómplices, convencidas de que la risa nos hace invencibles, saboreando el afecto de tenernos, disfrutando que te abracen hasta con barbijo y, si es necesario, te lo confeccionen. Empachadas y embriagas de vida, agendando en nuestra lista de “in-triunfos” otra anécdota para conmemorar.

Luego, a hacerme la ecografía, la imperiosa necesidad de confirmar que el proceso se completó aun cuando tu cuerpo te marca que esas desagradables náuseas y el malestar generalizado de días atrás desapareció. A los quince días repetimos el ritual. ¡Puede pasar, a no asustarse! Claro, con el diario del lunes decretarse valiente es fácil. Segunda toma de misoprostol. Repetís insistentemente ¡no me dolió! ¿no funcionó? Bueno, no querés joder, pero no aguantás y le escribís a ella —la socorrista asignada—, que irradia confianza y te cuenta otro cuento: “si no duele o el sangrado no es abundante, no significa que esté mal hecho el procedimiento”. Mi amiga dice: “Soñé que tomaba el miso que te sobró”. Volvimos a brindar, trabajamos juntas largas horas aprovechando que transgredimos la cuarentena nuevamente. Me siento un poco más libre, tomé una decisión, podría haber tomado otra, como cualquier paso —aunque, no por eso, menos importante— que damos en nuestro estar siendo.

De nuevo, otra ecografía: “No hay restos ovulares”, proceso concluido. Las palabras de mi amiga y la socorrista, sin conocerse, se funden en un grito de alegría. ¡Sí, la respuesta de ambas coincide! ¡Qué alegría! No las convoqué a un velorio, las hice partícipes de mi deci-

sión, con todo lo que ello implica. Mi amiga prosigue: "¡¡¡Va a ser ley y lo vamos a festejar más juntas que nunca!!!"

Seguís pensando: "¿tanto cuento para esto?". He tenidos dolores físicos o "emocionales" más intensos o desgarradores en mi vida. Es-timo que no sirven las comparaciones, pero mentiría con un dejo de hipocresía si dijera que no suelo recurrir a estas. Mis primeras visitas ginecológicas acontecieron cargadas de "descuidos" médicos. Antecedieron a una intervención quirúrgica, un balbuceo de diagnósticos poco claros e inadecuados, entre los cuales, alguien llegó a decirme "corrés el riesgo de ser infértil". "Ser o no ser", esa maldita expresión. Por suerte, los planes que una se dicta fallan, y las profecías que otrxs versan sobre una también fracasan con bastante recurrencia.

Modo emergencia desactivado. Ahora, contate la posta ¿sentiste dolor? "Dolor no, mejor dicho, poco". ¿Sentiste miedo? "Sí, mucho, a no conseguir misoprostol, o a que se pasara el tiempo, aun cuando, en época de pandemia, la noción de este se perturbe. El tiempo escasea o abunda según las circunstancias. Debo confesar que experimenté miedo, no de interrumpir un embarazo, sino de que no se interrumpiera, y casi en un instante, confirmás la eficacia del misoprostol. Claro que hay que conseguirlo y tomarlo en condiciones seguras, con indicaciones precisas. Puedo contar este cuento porque me pasó en el 2020, en la vorágine y la "pachorra" de esta pandemia inédita, aunque con la patrulla armada, con una lucha a cuerdas, con años de socorrismo que te anteceden.

De golpe, sos acreedora del coraje e irreverencia de quienes tienen y tuvieron las agallas suficientes de abortar mandatos y romper con las reglas impuestas. Este tipo de relatos tienen que embanderar las calles, las redes y, aunque muchas socorristas y compañeras que abortaron lo hacen, el miedo, los mitos transferidos por décadas, siglos, por momentos más o menos inconscientes, parecen ganar la pulseada.

Este relato no es monstruoso, habla de la vida, de distintas formas que adopta el amor, de las elecciones, de la importancia de lxs otros, del incalculable valor de la amistad, de personajes centrales en tu vida

que ni conocías y de otros que no se nombran, pero de quienes queda atesorado el gusto por los encuentros compartidos. Brindo también por las coincidencias y la construcción de vínculos genuinos, sin tantos títulos ni reproches. ¡Contame otro cuento! Un derroche de charlas inteligentes, que te enseñan y muestran al otro al desnudo, en todas sus formas, con sus miserias y bondades. Encuentros atiborrados de deseos incontrolables, expuestos a un bombardeo de miradas y batallas por quién comanda la palabra. Esos otros que te invitan a conocer sus luchas internas, tan distintas a las tuyas, que te seducen y te espantan en un combo exquisito. Y si alguien está a salvo del espanto o la seducción, puede declararse inmune a la vulnerabilidad humana.

Momento de correme del centro, claramente esto no me pasa solo a mí, sería muy egoísta mirar mi propio ombligo. ¡Igual, confieso que sufrió alteraciones en su forma, después de una sacudida hormonal nada permanece en su lugar! Volvamos. Solo a modo descriptivo, en la sala de espera para hacerme la ecografía escuché la palabra "aborto" tres veces, en un período que no superó los 35 minutos de estadía allí... Saquen cuentas. Me sacude una mezcla de impotencia embadurnada de ridiculez. Sí, me resulta irrisorio que esté en debate la posibilidad de abortar, parece anacrónico, mejor dicho, injusto. ¡¡¡Dejémos de joder, chiques!!! Y ahí tomé dimensión de la sociedad hipócrita en la que vivimos, de la necesidad de que sea ley, que cada quien decida sin la parafernalia de inventar cuentos para conseguir la chiquitolina. Anheló que alguna vez, no tan lejana, contar historias de cómo accediste al misoprostol se convierta en cuento.

Este breve relato biográfico no deja de interpelarme y se convierte en denuncia: basta de estafarnos, nos contaron un cuento que es puro cuento. Los límites entre lo privado, lo público, lo propio y lo colectivo se confunden, se amalgaman, se fusionan de modo que es difícil distinguir hasta dónde mi relato me pertenece o les pertenece. Sola esto no hubiera sido posible. No dejo de pensar en mi posición de privilegio, pienso en la otra pandemia, la violencia que azota a muchas, la precariedad en la que deciden —cuando pueden— algunas.

No dejemos de lado la consigna de gratuidad, para todas, pero principalmente, por aquellas que para ver el mismo alerta en Facebook tienen que disponer de datos móviles, para llamar a una socorrista tienen que hacerlo a escondidas, para cargar el celu tienen que pedir plata, robar, manotear el de su compañero mientras duerme, hablar despacio o en código, borrar rastros de la llamada... Todo eso insume tiempo, que se esfuma, atormenta, culpabiliza, deshumaniza. Celebro haber tenido ese terreno allanado, por eso y por tantas injusticias, incito a que se amplifiquen nuestras voces, como el sonido que irradia y retumba en cada marcha por el megáfono al son de "Aborto legal, seguro y gratuito". Se acabó nuestra paciencia.

Durante mi infancia nunca llegué a completar la biblioteca con la colección de la serie literaria *Elige tu propia aventura* y, tal vez, es una especie de guiño para hacerle honor a ese título. Destaco que este tipo de formatos, con todas sus limitaciones, parecía inaugurar un género inédito que, personalmente, habilitó la posibilidad de ensayar la exploración de caminos y finales posibles. Tal vez, ahí aprendí, a duras penas, que frente a un acontecimiento no existe un único destino, el camino se bifurca. Recuerdo la alegría de elegir mi propia aventura, cada libro que se posaba en mi mano me imponía un nuevo desafío: averiguar cuántos finales traía para no perderme ninguno, y, si mi hermano me anticipaba el relato, brotaba de furia, quería transitarlo yo. Claro que a veces usufructuaba de su capacidad de anticiparse (como la patrulla) y chusmeaba su anotador con las páginas que indicaban los caminos posibles a tomar. Pero una siempre aprende a hacer trampa, la ley de la vida, como algunos finales me gustaban más que otros, después solo releía el que más me convenía. Pero había otra ventaja, se podía retroceder y turbar la primera elección. En la vida ensayamos todo el tiempo y esa posibilidad de volver a atrás y rumbear para la izquierda no existe, pero, maravillosamente, el horizonte que se abre no se reduce a una opción, y menos si es impuesto caprichosamente bajo falsos manifiestos en defensa de la vida. Vidas que luego merecen ser encarceladas o aniquiladas. No quiero que nadie nos niegue

el derecho a elegir ni a equivocarnos. Elegir es un derecho inherente a la condición humana. Claro que elegimos siempre dentro de unos límites —desiguales, para variar— elegimos dentro de un repertorio y condiciones que se imponen y otras que podemos maniobrar. El desafío es democratizar el acceso a ese repertorio para ampliar esos márgenes de elección. Si el misoprostol es un hecho, entonces las condiciones están dadas, no hay argumentos para dilatar su distribución gratuita.

Estamos hechos de historias para contar, la vida es una ficción, depende de cómo te la cuenten o te la cuentes, el saldo se inclina del lado del deber o del haber... Construyamos otros relatos... Hagámosles circular...

La vida... continúa....

¡Gracias!

Dos agregados a modo de aclaraciones:

No vale la pena contar los periplos atinentes a la atención médica recibida en el medio de la pandemia, con todas las restricciones y privilegios que mi posición actual supone frente a la misma. Pero una palabra podría resumir algunas prácticas: mitigar. Pienso cómo puede ejercer su "profesión", mejor dicho, este tipo de profesión, quien mitiga. No afirmo esto con intención de generalizar, por suerte, otras la ejercen amorosamente. En el fondo intuyo, a riesgo de equivocarme, que esta médica ni siquiera ponía en duda la decisión de abortar, sino que, en nombre de su estatus médico, vaticinó un listado (innecesario a esa altura) de probabilidades catastróficas a las que podría haberme expuesto (embarazo ectópico, infecciones, etc.) ¡Me estas jodiendo! ¡Otra vez la misma historia! Como si continuar el embarazo evitara *a priori* cualquiera de esas posibilidades. Leía en sus gestos de ceño

fruncido las ganas de saber quién me suministró el misoprostol. Hizo lo que tenía que hacer, sí, me recetó misoprostol para terminar el proceso (odisea aparte encontrarlo en alguna farmacia aun cuando contás con el efectivo para hacerlo), pero no omitió adjudicarse la última palabra ni la potestad de ejercer poder de manera violenta ¿cómo? Guardándose información, jugando a hacerse la misteriosa. Su discurso disciplinante, apocalíptico (propio de la retórica persuasiva durante la pandemia) me incomodó, me preocupó, pero no perturbó mi forma de pensar. Al contrario, me dio letra para seguir insistiendo en que sus argumentos carecen de todo respeto. ¡Contame otro cuento! Abortar en condiciones dignas es salud.

¡Dale! Cortala con el rollo de si fue provocado o espontáneo, como si ubicarte en un polo te lavara las culpas, convirtiéndote automáticamente en objeto de lástima. Inversamente, si decidís interrumpir, atenete a cualquier tipo de escarnio. Me niego a dar explicaciones, aunque elegí darlas. Neguémonxs a hacerlo. Igual, si me preguntan, hoy más que nunca, me inclino del lado de quienes se cuelgan el pañuelo verde. En estos casos, las medias tintas no suman.

La contracara de mitigar es convidar. Pienso en estas locas que dedican horas de sus vidas a militar una causa justa. Convidan: quien dona no escatima esfuerzos. Ese diminuto gesto me emocionó, me enseñó que el que talla una obra o convida algo no mitiga, trabaja y distribuye, sin restricciones para que su obra sea tan suya como de otros. Ejercen un arte —no se andan con peros ni vueltas, no guardan secretos, ni escatiman o evalúan a quien o por qué la ayudan—. El arte de acompañar... nuevamente se agradece. Algo más... calificar el trabajo de las socorristas, ¡imposible!, se vuelve inmenso, tanto que no cabe en una palabra...

Gila, 37 años, Neuquén capital, Neuquén.

Final abierto

Este libro es fruto de las redes humanas e institucionales que lxs socorristas hemos sabido tejer en nuestra praxis cotidiana. Es por ello que, para finalizar, queremos agradecer a todes les que participaron de este proyecto: a lxs activistas que ponen tiempo, cuerpo y corazón en su militancia; a quienes plasmaron sus experiencias en palabras y las ofrecieron a aquellas que necesitan abortar; y a las personas que nos ayudan a encontrar otras narrativas y estéticas para decir aborto.

Resta agregar que los relatos aquí reunidos rebaten los sentidos instalados que ligan al aborto con la muerte y la soledad y suman voces que reafirman la importancia del derecho al aborto legal en este 2020. Ojalá contribuyan también a hacer realidad la apuesta por un mundo justo en el que las niñas no sean madres.

En el año 2018, la palabra aborto irrumpió en la agenda mediática argentina a raíz del tratamiento legislativo del proyecto de ley impulsado por la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito. Una marea verde se filtró en los estudios de radio y televisión, tiñó los periódicos, inundó las redes sociales, los espacios públicos y la mesa de los hogares. A pesar de no haber obtenido la media sanción restante en la Cámara de Senadores, quedó claro que el aborto existe e insiste. Aun en cuarentena.

Este libro es una recopilación de relatos de personas que abortaron acompañadas por activistas feministas de la organización Socorristas en Red durante los primeros 100 días de aislamiento dispuesto por el Gobierno argentino frente al avance de la pandemia de COVID-19.

Se trata de una (otra) apuesta política, narrativa y estética para seguir hablando sobre el aborto, pero no desde la perspectiva institucional propia de los sistemas de salud, justicia y educación, sino desde la propia experiencia de quienes abortan. Les invitamos a leer estos relatos, en los que lo personal se vuelve colectivo y la política aflora.

Socorristas en Red (*feministas que abortamos*) es una articulación de colectivas de Argentina, integrada por activistas que brindan información y acompañan las decisiones de abortar, para que los abortos sean seguros y cuidados. Desde 2012 asumen la determinación política de estar presentes para construir feminismos acuerpados y situados. Su militancia consiste en crear lazos comunitarios, tejer alianzas en busca de otras narrativas y estéticas para decir aborto que permitan llevar esa experiencia vital al terreno de lo cotidiano. Como organización, forman parte de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito. Sus emociones, deseos y pasiones no caben en las leyes restrictivas y/o criminalizadoras, por lo que insisten con el reclamo por el aborto despenalizado y legalizado, en el camino de lograrlo libre y feminista para toda Nuestramérica y para todo el mundo.

